

GFS-161-C

Una noche en París...
(mecanografiado)

UNA NOCHE EN PARIS

ACTO PRIMERO

UNA NOCHE EN PARIS

Farsa lírica en dos actos,
el segundo dividido en dos cua-
dros, en prosa, original de FE-
DERICO ROMERO y GUILLERMO FER-
NANDEZ SHAW, música de los maes-
tros MARTINEZ y MAGENTI.=====



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

P E R S O N A J E S
= = = = =

AZUCENA
BLANCA DE MARIGNY
JANINE
MIGNON
SEÑORA RENARD
SIMPLICIO
QUINTIN
RENE
EL MARQUES DE MARIGNY
RAUL DE RASTIGNAC
BOUDINE
FOIE-GRAS
ABATE MORAN
BONFLEUR
LAPEROUSE
ARTUS
MIGUEL
GASPAR
UN ALDEANO
CRAIDO 1º
CRIADO 2º

COMEDIANTES, CORTESANAS, ALDEANAS BRETONAS, AR-
TISTAS, ESTUDIANTES, DRAGONES y GENTE
DEL PUEBLO

La acción en París y en una aldea de Bre-
taña - Año 1790

Derecha e izquierda las del actor

A C T O P R I M E R O

Estudio del famoso y opulento pintor René de Marigny, puesto con riqueza y gusto lo mismo en muebles, tapices y armas que en cuadros, esculturas y objetos de orfebrería. El estudio consta de dos partes: los dos primeros términos están ocupados por una sala con una puerta practicable a la izquierda y un arranque de escalera, a la derecha: en el centro del fondo hay un vestíbulo del cual se descende a la sala por tres ó cuatro escalones; al fondo del vestíbulo hay un ventanal, abierto al comenzar la obra, que da a una plaza de París; a la izquierda del vestíbulo, puerta de entrada desde el zaguán; a la derecha otra puerta que comunica con un dormitorio; en la medianería de éste con la sala, una pintura mural, frente al público, que representa un asunto mitológico cualquiera, a condición de que sea figura principal una mujer desnuda. La cara de esta figura coincide con un ventanillo o mirilla que se abre desde el dormitorio. En

la medianería del zaguán con la sala, otra pintura mural de distinto carácter y, coincidiendo con algún mueble, vasija u objeto, que sea a propósito, hay otra mirilla que se abre desde la sala para atisbar el zaguán. En el rincón de la derecha de la sala, hay una escultura sobre una columna con amplio reborde. En el de la izquierda, un maniquí con un elegante vestido de dama. En el centro de la sala, una mesa servida con frutas, dulces, botellas y copas. A su alrededor varios escabeles. Comienza la acción a las diez de la noche.

(RENE y QUINTIN, cenando. CRIADOS 1º y 2º, sirviendo la mesa. La SEÑORA RENARD que sale y entra por la escalera de la derecha para recoger el servicio de los criados y darles botellas, postres, etc. Coro interior de comediantes, artistas estudiantes y poetas, cuya voz se va acercando, hasta que aparecen por detrás de los ventanales, cuando se diga)

M Ú S I C A

CORO.-

(Dentro)

Hala, rala, rala,

que ha llegado el Carnaval.
Hala, rala, rala,
con ardor primaveral.
El Buey gordo se pasea
por las calles de París.
Y a admirarlo por las calles
van los hijos de San Luis.
¡Hala, rala, rala,
noche clara de París!

R E C I T A D O

QUINTIN.- Gran noche se prepara, René.

RENE.- Para el que tenga con quien divertirse.

QUINTIN.- Para nosotros dos, que, con tu dinero,
compraremos el amor de las Bellas de París.

CANTADO

CORO.-

(Más cerca)

A la luz de las estrellas,
en la noche del amor,
quiero yo ver tus mejillas
encendidas de rubor.

Y a la luz de las estrellas
pienso, niña, descubrir
que el amor es el artista
que las tiñe de carmón.

RECITADO

RENE.- Ahí los tenemos, Quintín.

QUINTIN.- ¡Cállate! Es una turba de famélicos. Pintores que no pintan, poetas que no comen, comediantes que no representan...

RENE.- Competidores tuyos en la fiesta del Madrigal

QUINTIN.- En la fiesta, bueno; pero en la bebida...

!piscis! Porque ahora mismo pongo estas botellas a buen recaudo.

(Coge unas cuantas botellas y hace mutis por la puerta del fondo derecha.)

CANTADO

CORO.-

(Cerquísima ya)

Vamos a la fiesta
del florido madrigal.
!Hala, rala, rala,
que ha llegado el Carnaval!

(Con el coro, formado por un abigarrado conjunto de gentes, disfrazadas en su mayoría, entran por el fondo izquierda, ARTUS, MIGUEL y GASPAR, amigos de René y, además, JANINE y MIGNON, cortesanas jóvenes y divertidas que se hallan disfrazadas, respectivamente, de dama medieval, con alto capirote y de campesina tirolesa. Estas dos chicas y algunos otros traen antifaces puestos)

H A B L A D O

MIGUEL.- ¡Viva el excelso pintor René de Marigny!

CORO.- ¡Viva!

RENE.- Gracias, gracias, amigos. ¿Donde es este año la fiesta del madrigal?

ARTUS.- En el figón del Cuerno de la Abundancia.

MIGUEL.- ¡Y el premio es de veinte luises!

GASPAR.- Hay grandes apuestas.

RENE.- ¿No quereis otra copa de vino espumoso?

ARTUS.- Somos muchos. Designaremos una comisión para que se quede. ¡A ver! Janine, la más coqueta.

GASPAR.- Mignon, la más alegre.

VOCES DE MUJER.- ¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo!

RENE.- Las que queráis.

MIGUEL.- Pues que aproveche, niñas. ¡En marcha!

ARTUS.- Adios, René.

RENE.- Hasta luego.

(Mutis por la 2ª izquierda, del
coro, que se aleja cantando.)

CANTADO

CORO.- Vamos a la fiesta
del florido madrigal.
¡Hala, rala, rala,
que ha llegado el Carnaval!

H A B L A D O

(Quedan con René, JANINE, MIG-
NON y seis u ocho muchachas que
visten sencillos trajes de la
época, contrastando con los
disfraces de aquellas dos.)

RENE.- ¡Bebed, hermosas! Y puesto que lo sois,
¡fuera los antifaces!

JANINE.- (Quitádoselo)

¡Como si no nos conocieras!

(Janine y Mignon dejan sus antifaces sobre la mesa.)

(Las otras muchachas se han distribuido por el estudio, por grupitos de dos y de tres, admirando los detalles artísticos de la habitación.)

RENE.- ¿No venís a beber, curiosas?

JANINE.- Y a admirar los primores de tu estudio.

MIGNON.- Estas no lo conocen.

MUCHACHA 1ª.- ¡Cuanta preciosidad!

MUCHACHA 2ª.- ¡Y qué lujo!

MIGNON.- Obra de la inspiración y de los millones.

(Las muchachas se agrupan alrededor de René.)

¡Fíjate, en cuanto oyeron que eres millonario!

JANINE.- Las mariposas acuden a la luz.

MIGNON.- Y los abejorros. ¿No decías que estaba Quintín?

JANINE.- ¡Quintín.

(Llamando)

VARIAS

MUCHACHAS.- ¡Quintín!

QUINTIN.-

(Asomando por la mirilla de la pintura mural.)

¡No estoy visible!

JANINE.- Ya lo creo que no.

TODAS.- (Al ver a Quintín)

¡Ay!

RENE.- (Reconociéndole)

¡Quintín!...No las asustes.

QUINTIN.- ¿Soy alguna visión?

MIGNON.- Eres un fresco.

JANINE.- ¿Qué? ¿No vienes a beber con nosotras?

QUINTIN.- Dadme un dedito cada una.

(Janine y Mignon cogen sendas
botellas y se dirigen hacia
Quintín.)

MIGNON.- ¡Si no alcanzamos!

RENE:- Pero ¿vas a beber en las botellas? Tú estás
mal.

QUINTIN.- Pues en jarras estaría peor.

RENE.- Anda, sal al estudio.

QUINTIN.- (Estornudando)

¡Atchiss!

JANINE.- Pero, ponte un chal.

(Quintín desaparece y cierra
la mirilla.)

MIGNON.- Es el de siempre.

JANINE.- No conocía yo esa sorpresa.

RENE.- Inocentísima. Una mirilla para examinar a los visitantes desconocidos.

QUINTIN.- (Saliendo con las botellas que se llevó.)

"!Alea jacta est!" como dijo Pericles, al descubrir América.

RENE.- Eso es una mentira muy gorda.

QUINTIN.- "Tomad y bebed"! Esto es el Evangelio.

(Sirven copas y las chicas beben.)

Y sepaños, niñas, ¿cual de vosotras quiere acompañarme en la fiesta del madrigal?

JANINE.- Ya sabemos que te presentas al certamen.

RENE.- Se presente, si encuentra con quien ir. No ignoráis que el poeta tiene que leer un madrigal y presentar a la mujer que lo ha inspirado.

JANINE.- (A Quintín)

¿Y tú no tienes musa, infeliz?

MIGNON.- Pues ¿quién te ha inspirado el madrigal?

QUINTIN.- Me lo ha inspirado el sastre.

JANINE.- ¿Es posible?

QUINTIN.- Dice que, si no le pago, me mete en la cárcel. Y, como en la fiesta dan un premio de veinte luises al mejor madrigal...

JANINE.- ¡Basta! Yo soy tu musa. Tocamos a diez luises.

QUINTIN.- Hecho.

RENE.- ¿Hecho?

QUINTIN.- Me falta una aleluya, pero es igual, Oídme.

(Saca un pliego y lee)

"Eres de nube o de bruma?

Ligera como una pluma

e ingrávida como un pelo,

¿eres de barro o de cielo?"

¿Eh? ¿Qué tal?

MIGNON.- ¿Y eso por Janine? Pues no le veo la punta

QUINTIN.- Porque no contaba con el cucurucho.

(Por el capirote de Janine)

JANINE.- Sigue.

QUINTIN.- Es que no sé como acabar.

(A Janine)

¿Cómo acabarías tú?

JANINE.- Yo acabaría rompiéndolo.

QUINTIN.- Me has matado.

MIGNON.- El que te va a matar esta noche es el señor
de Rastignac.

QUINTIN.- ¿Quién es el señor de Rastignac?

JANINE.- Mi amigo. Un gascón que tiene muy malas
pulgas.

MIGNON.- Y en cuanto te vea con Janine...

QUINTIN.- ¡Qué complicación! Pero son veinte luises
...Y el sastre me tiene frito con sus amena-
zas.

(Con resolución)

¡Iremos!

MIGNON.- Te advierto que Rastignac se come los ni-
ños crudos.

QUINTIN.- Pero ¿no te estoy diciendo que yo ya es-
toy frito?

JANINE.- Eres un héroe.

(Volviéndose a René)

Y tú, ¿qué hablas aparte con las chicas?

RENÉ.- Poca cosa. Me lamento de que no lleven dis-
fraces y pongo a sus pies todo mi guardarropa

de pintor.

QUINTIN.- ¡Hombre! Gran idea. Tiene una colección de hojas de parra monísimas.

JANINE.- Y algo más.

RENE.- Ya lo creo. ¡Señora Renard!

RENARD.- (Que en este momento está recogiendo de la mesa copas y botellas.)

Señor...

RENE.- Acompañad a estas señoritas y que escojan a su capricho.

QUINTIN.- (Mientras van haciendo mutis las muchachas por la primera derecha.)

Pero que haya un poco de armonía en el grupo. Porque se ve por ahí cada comparsa... Un fa-
raón con una turca, cuatro judías con un sui-
zo...

MUCHACHA 1a.- (Que al hacer mutis, ha quedado la última.)

Descuida. Habrá armonía.

QUINTIN.- Y venga otra copita, ¡qué demonio! ¡Un día es un día!

RENE.- ¡Y vivan la alegría y el amor!

QUINTIN.- ¡Albricias! René de Marigny ha recobrado

el buen humor.

(Se sientan en torno a la mesa)

JANINE.- ¿Pues qué, se había vuelto misántropo?

RENE.- Hoy he cumplido treinta años.

QUINTIN.- ¡Calla! Las paredes oyen.

(Escancia vino)

JANINE.- Pero, ¡qué misteriosos estais!

RENE.- Nada de misterio, Janine.

QUINTIN.- ¿Creeis posible que de aquí a mañana se ponga René en condiciones de cantar misa?

JANINE.- (A René)

¿Tú?

MIGNON.- ¡Imposible!

QUINTIN.- Eso decía yo.

RENE.- Pues, si no canto misa, mi fortuna pasará a manos del Marqués de Marigny, mi tío, y de su hija Blanca, mi prima.

JANINE.- ¿Quién ha dispuesto ese disparate?

QUINTIN.- ¡Casi nadie! Su eminencia el cardenal Clemente de Marigny, que en paz descanse... si puede.

RENE.- De quien heredé el patrimonio con esa pequeña condición.

JANINE.- ¿Y qué vais a hacer?

QUINTIN.- Matar al marqués, ¿no te parece?

MIGNON.- Queda la prima.

JANINE.- ¿También con la obligación de profesar?

RENE.- Todo lo contrario. Con la de transmitir a su primogénito el encarguito que me dejó el Cardenal.

MIGNON.- Pues, ¡vaya un conflicto!

JANINE.- ¡Qué torpes sois!

RENE.- ¿Qué dices?

JANINE.- Que ya le estais escribiendo al Marqués pidiéndole la mano de su hija.

QUINTIN.- ¡Calla! Pues es verdad.

RENE.- Mi prima Blanca - ya veis si el cardenal fué desafortunado - siente hace años una irresistible vocación religiosa.

JANINE.- ¿Y es bonita?

RENE.- Preciosa, inteligente... Con unos ojos alegres y vivós, que mal cuadrarían en el rostro de una santa.

MIGNON.- Chico, ¡qué entusiasmo!

JANINE.- Ahora me explico lo de la misantropía.

René está enamorado de su parienta.

QUINTIN.- Caso rarísimo.

RENE.- Eso sería un amor imposible.

(Llaman a la puerta de la calle)

QUINTIN.- Llamaron.

RENE.- ¡Señora Renard!...

(Sale esta por la derecha)

RENARD.- Ya lo he oído, señor.

(Acude a la mirilla del "panneau" de la izquierda, la abre y finge dialogar con el recién llegado.)

Sí, pero tiene visita...

(Pausa)

A estas horas no recibe...

(Pausa)

No sé, no sé... Esperad.

(Cierra la mirilla y viene a primer término.)

RENE.- ¿Quién es?

(En voz baja)

RENARD.- Un clérigo.

RENE.- ¡Callad!

(A los otros)

¿Qué? ¿Lo recibimos?

QUINTIN.- Recíbelo tú solo. ¡Para clérigos estoy
yo esta noche! ¡Niñas. acompañadme!

(Mutis por el fondo derecha)

RENE.- ¡Abrid!

(Y se repliega hacia el primer
término de la izquierda, mien-
tras la señora Renard sale por
la puerta del fondo izquier-
da.)

RENARD.- Entre el señor abate.

(Deja paso al visitante. Entra
SIMPLICIO GATEAU, mozo tímido
de modales comedidos, que vis-
te traje negro o morado, con
calzón corto, como estudiante
que es de la carrera eclesiás-
tica. Trae una maleta pequeña
que deja en un rincón de la
estancia.)

SIMPLICIO.-

(Entrando)

Todavía no; me faltan las sagradas órdenes.

El señor de Marigny me recibirá en seguida.

Decidle que ha venido Simplicio Gateau.

RENE.- ¡Simplicio, tú por aquí!

SIMPLICIO.- Santas y buenas noches nos dé Dios, ca-

rísimo René.

RENE.- Pero dame un abrazo, truhán.

(La señora Renard hace mutis por la escalera.)

Ven acá. Siéntate, cuenta. ¿A donde vas?

SIMPLICIO.- Vengo del seminario, camino de Orelans.

Allí recibiré las órdenes. Tu fuiste un pica-
rón, nos abandonaste. ¡Con la vocación que
tenías!

RENE.- Qué quieres, chico. Me sedujo París...el
arte...las mujeres...

SIMPLICIO.- Por algo no quise acompañarte. "Nosce
te ipsum". Pero cuando el Marqués de Marigny
se entere...

JANINE.- (Apareciendo en la mirilla de
la derecha. Aparte.)

Parece un San Juanito.

SIMPLICIO.- (Admirando los cuadros del es-
tudio.)

Estas obras son tuyas, ¿verdad?

RENE.- Mías. Las últimas.

SIMPLICIO.- (Reparando en el desnudo, vol-
viéndose al otro lado como un
autómata.)

¡Uy! ¡Qué impudicia!

(Janine permanece sin mover un sólo músculo de la cara y mirando al cielo beatíficamente, desde que Simplicio se encará con ella.)

RENE.- El arte nunca es torpe. ¿Sabes qué representa esa mujer?

SIMPLICIO.- (Volviéndose a mirar el cuadro)

RENE.- ¡Oh! Es "La verdad desnuda".

SIMPLICIO.- Pues está algo indecente, la verdad.

RENE.- Me sirvió de modelo una amiguita.

SIMPLICIO.- ¿Un modelo vivo? Pero es que está completamente desnuda... sin más recato que una hoja...

(Janine le mira maliciosamente)

¡Llévatela de aquí, que me parpadea!

RENE.- ¡Pero si es un fresco!...

SIMPLICIO.- ¿Un fresco? ¿A que le llamarás tú una heladita?

RENE.- (Poniéndole un escabel en la esquina derecha del vestíbulo)

Anda, siéntate aquí.

SIMPLICIO.- (Cuando va a sentarse mira a la pintura y a la ventana y dice)

Aquí no, que hay corriente.

(Va a sentarse al lado izquierdo del estudio. Un momento antes se ha quitado Janine de la mirilla y ésta ha quedado cerrada.)

RENE.- Pararás en mi casa...

SIMPLICIO.- Pero sólo esta noche. Vengo rendido del viaje y, si no te molesta, quisiera retirarme cuanto antes.

RENE.- Esta casa es la tuya.

SIMPLICIO.- Pues para luego es tarde; además, tú tenías visita.

RENE.- Unos amigos del alma.

(Llamando)

¡Quintín!

(Se presenta JANINE con gran sorpresa de Simplicio.)

Pero...

SIMPLICIO.- ¡Ave María Purísima! ¡La de la hoja!

JANINE.- Dios os guarde, monseñor.

RENE.- La señorita Janine...El señor Simplicio Gateau.

SIMPLICIO.- Perdonad que no estreche vuestra mano.

JANINE.- Besadla, pues.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

SIMPLICIO.- "Vade retro".

(A René, aparte)

Por segunda vez te lo imploro. ¡Llévatela de aquí! Me temo...

(Sale MIGNON, y con una inclinación de cabeza saluda a Simplicio.)

RENE.- ¿Y ésta, qué te parece?

SIMPLICIO.- ¿Otra?

RENE.- Esta es Mignon, lo mejor de París.

MIGNON.- ¿Compartís la opinión de René?

SIMPLICIO.- Yo compartiría con René todas las calamidades de la vida, aunque mejor ésta.

MIGNON.- ¿Os parezco una calamidad?

SIMPLICIO.- ¡Una plaga!

(Aparte, rezando)

Señor mío Jesucristo...

MIGNON.- Padre...

(Acercándose a Simplicio)

SIMPLICIO.- Padre nuestro que estás en los cielos.

(Sigue rezando por lo bajo)

JANINE.-

(Acercándose también a él)

?No creéis en la eterna verdad de la belleza?

?No creéis en el amor?

SIMPLICIO.- Creo...creo en Dios padre, todopoderoso...

(El mismo juego)

RENE.-

(Riendose)

!Es la tentación!

JANINE.- ?Quereis acompañarme?

SIMPLICIO.- ?Adonde?

(Janine y Mignon sueltan sendas carcajadas.)

No reirse, ?eh? Que...

MIGNON.-

(Insinuante)

?Qué?

JANINE.-

(Lo mismo)

?Qué?

SIMPLICIO.-

(Retirándose)

Que no estoy para bromitas.

JANINE.-

(Acercándose a Simplicio)

Eminencia...

MIGNON.- Eminencia...

SIMPLICIO.- "Saluten pluriman".

LAS DOS.-

(Desde la puerta)

Eminencia...

(Mutis de las muchachas por el
zaguán, segundo término de la
izquierda.)

SIMPLICIO.- ¿Cuántas te quedan ahí?

RENE.- Ninguna más.

(Llamando)

¡Quintín!

QUINTIN.- ¡Allá voy!

(Saliendo)

RENE.- El señor...

(Además de presentar a Simplicio.)

QUINTIN.- No te molestes. Yo soy Quintín Marbrais.
Vos no podeis ser otro que Simplicio Gateau,
amigo de René, aspirante a clérigo y hombre
tímido. En París somos así: psicólogos.

SIMPLICIO.- "Aliquando dormitat Homerus". Yo seré
eclesiástico por vocación. En provincias so-
mos así: "ex abundantia cordis".

RENE.-

(A Quintín)

¿Y has dejado escapar a tu musa?

QUINTIN.- Ya sabes que a mí no se me escapa una;

pero estaba sin cenar la pobre y yo no podía hacerle el agravio de convidarla. Que cene por su cuenta, que es lo decente, y a media noche nos reuniremos.

(Declamando con énfasis)

"Eres de nube o de bruma?

Ligera como una pluma

e ingrátida como un pelo,

?eres de barro o de cielo?"

?Eh? ?Qué tal?

SIMPLICIO.-

(Aparte)

?Donde se irá este avechacho

con esa del cucuracho?

(Empiezan a salir por la escalera las ocho muchachas que antes se marcharon por ella, formando cuatro parejas de elegantes de fines del siglo XII)

M Ú S I C A

MUCHACHAS.- ?Qué os parecen los disfraces?

Escogimos con primor.

SIMPLICIO.- Pero ?donde me he metido?

!Una nueva tentación!

RENE.- Elegisteis los modelos
de mi cuadro preferido.

QUINTIN.- De seguro, por las calles
no hay un grupo tan lucido.

MUCHACHAS.- Los vestidos nos evocan
viejos días de esplendor.

RENE.- Marquesitas y vizcondes
de la Corte del rey Sol.

(Forman cuadro las muchachas y
comienza la evocación .)

MUCHACHAS.- En la Corte del rey Sol,
la marquesa elegante,
al arrimo de un farol,
se cita con su amante.
Y el marqués de Rossignol,
por esa cita aciaga,
se convierte en caracol,
cuando la luz se apaga
del farol.

Rossignol,
si tu mujer es azafata,
natural

es que procure hacerse grata.

Tu mujer

disfruta un cargo palatino

y esas son

imposiciones del destino.

===

La marquesa ya no es

azafata en la Corte.

Y tranquilo ya el marqués

vive con su consorte.

La marquesa, ¡vive Dios!

se corrigió bastante,

pues, aquí para inter nos,

no tiene ya un amante...

¡tiene dos!

Rossignol

se encuentra dentro de su casa

tan feliz

como en su concha el caracol.

H A B L A D O

QUINTIN.- Vais a ser esta noche lo mejor del Carnaval.

RENE.- A mí me dan ganas de acompañaros.

SIMPLICIO.- (Mirándolas)

A mí me dan mareos.

(Se va al primer término izquierda y se sienta casi de espaldas al grupo.)

RENE.- Parece que habeis vivido en el gran siglo de Luis XIV. Oye, Quintín: ¿cuál encuentras tú más versallesca?

QUINTIN.- A ver...

(Se va junto a Simplicio y, una vez allí, saca del chaleco una lente, la aproxima con ceremonia al ojo derecho y mira a las chicas.)

!Las ocho!

RENE.- (A Simplicio)

¿Y tú?

SIMPLICIO.- (Saca del chaleco un reloj le mira y dice.)

Las diez y media...

QUINTIN.- ¿Cómo? ¡Y a mí no se me ocurre la alelu-
ya!...

"Perdí tu amor vizcondesa..."

¡Si vieras lo que me pesa!"

MUCHACHA 1ª.- El Buey gordo ya andará por la calle.

RENE.- Andad, pues, a su encuentro.

MUCHACHA 1ª.- Sí, sí, nos vamos.

(Van saliendo por el fondo izquierda, acompañadas por René y Quintín, para despedirlas en el zaguán.)

QUINTIN.- No os olvidéis de devolver los trajes.

MUCHACHA 1ª.- ¡No faltaba más!

RENE.- ¡Qué cosas tiene este Quintín!

SIMPLICIO.- Este Quintín tendrá sus cosas, pero estas chicas, ¡también tienen las suyas! Bien se conoce que es día de Carnestolendas. ¡De lo más tolendas!

(Aparece detrás del ventanal SAUL DE RASTIGNAC, que es un tipo mal encarado, con ínfulas de bravucón y voz exaltada.)

RASTIGNAC.- ¡Hola, señor barbilindo!

SIMPLICIO.- (Volviéndose)

El señor Barbilindo creo que es en la casa de al lado.

RASTIGNAC.- No os valdrá vuestro disimulo.

SIMPLICIO!- Sí, sí...Disimuladillo soy yo.

RASTIGNAC.- Sé que mi amiga se quedó en esta casa;
y, si no me dais razón de ella, por esta ven-
tana entraré, ¡y os acogeré!

SIMPLICIO.- (Angustiosamente)

¡René!...

RASTIGNAC.- ¡Nada de gritos! ¿Dónde está Janine?
Os advierto que, si la encuentro, os daré
veinte palos.

(Simplicio se encoge de hom-
bros, con satisfacción.)

Y, si no la encuentro, ¡cuarenta!

SIMPLICIO.- (Con voz muy débil)

René...

RASTIGNAC.- ¡Nada de burlas! ¡No sabéis quien soy
yo cuando me disparo!

SIMPLICIO.- Es que...

RASTIGNAC.- (Imponiéndole silencio con un
largo resoplido.)

¡Chisssssssssst!...

SIMPLICIO.- (A, arte, amilanado)

¡Pum!

RASTIGNAC.- Yo reconozco que Janine es un poco...

¿cómo diría yo?...

SIMPLICIO.-

(Tímidamente, queriendo congraciarse.)

¿In partibus infidelium?

RASTIGNAC.- ¡Eso! Pero ya sabe que cuando la sorprendí con Faverol, de un estacazo en la cabeza lo dejé sin sentido...y estuvo cuatro días sin volver.

SIMPLICIO.-

(Aparte)

¡qué bárbaro!

RASTIGNAC.- Y a Ribot lo mandé al otro mundo...!y no ha vuelto!

(Con una transición)

Conque vamos a ver si nos entendemos. ¿Dónde está Janine? Aquí la han visto entrar con una larga cola y un puntiagudo capirote.

SIMPLICIO.- ¡Ah! Pero, ¿preguntáis por la del cucurucho?

RASTIGNAC.- ¡Hola!

SIMPLICIO.- Hace un gran rato que salió por esa puerta...!y no ha vuelto!

RASTIGNAC.- ¿Iba sola?

SIMPLICIO.- No.

RASTIGNAC.- ¿No? Pues rezad un Padrenuestro por su
acompañante.

SIMPLICIO.- ¡Pero hombre!...

RASTIGNAC.- (Como antes)

¡Chissssssst!

(Y desaparece)

SIMPLICIO.- ¡Gracias a Dios! Porque si me suelta
otro cohete, ¡me desmayo!

QUINTIN.- (Asomando la cabeza por el za-
guán.)

¿Quién andaba por ahí?

SIMPLICIO.- El pirotécnico.

QUINTIN.- Pasa, René.

(Entran los dos)

RENE.- (A Simplicio)

Tengo el gusto de presentarte al acompañante.

(Señalando a Quintín)

QUINTIN.- ¡Un demonio! Esto lo arreglo yo de otra
manera.

(Se dirige al ventanal)

Porque falta una hora escasa para las doce.

SIMPLICIO.- ¡Dios me valga! Es tardísimo...

(Va a recoger su maleta)

QUINTIN.-

(Asomándose)

Nadie.

RENE.- Tú has bebido, Quintín.

QUINTIN.- Algo, pero tengo la cabeza muy firme. La primera muchacha que pase será mi compañera. Mas que mi musa: ¡mi amante! Porque me amará hasta el delirio.

RENE.- Es pintoresco.

QUINTIN.-

(Chistando hacia la calle)

¡Chist...! ¡Eh...! Sí...Ven...Entra...

RENE.- Pero si es una vagabunda...

QUINTIN.- Mejor. Tiene el encanto de lo desconocido

RENE.- Querido Quintín, eres poeta en todo.

QUINTIN.-

(A Simplicio)

El Cuerno de la Abundancia es el Paraíso terrenal. ¿Quereis acompañarnos?

SIMPLICIO.- Eso sí que no. Yo me acuesto en seguida y vosotros os marcháis al Cuerno o donde querais.

RENE.- Aquí tienes tu alcoba.

(Primera izquierda)

(Quintín abre la puerta de entrada y allí aguarda a la desconocida.)

SIMPLICIO.- ¿No habrá aquí otra mujer como aquélla?

(Por el desnudo)

RENE.- Descuida.

SIMPLICIO.-

(Aparte)

¡Qué lástima!

(Simplicio con su maleta hace mutis. Por el zaguán llega AZUCENA, muchacha simpática, vistiendo un pobre traje algo arlequinesco.)

QUINTIN.- Ya está aquí mi conquista. ¡Pasa, chiquilla!

M Ú S I C A

AZUCENA.-

(Entrando tímidamente)

¿Qué me quereis, señores?

QUINTIN.-

Amarte.

AZUCENA.-

Por favor...

RENE.-

¿No entiendes tú de amores?

QUINTIN.- ?No entiendes?

AZUCENA.- No, señor.

RENE.- Por eso no tiembles, niña hermosa,
ni temas las mieles del amor.

AZUCENA.- A veces, de amor son los rosales
que dan el más temible olor.

RENE.- Un poeta de París
ha querido elegirte por azar,
para ser su compañera
y la musa inspiradora
de su bello madrigal.

AZUCENA.- Yo en mis sueños presentí
un poeta que cantara para mí
esas mágicas canciones
que, a la luz de las estrellas,
son el alma de París.

Yo soy una chica muy buena
- a nadie he matado hasta hoy; -
me llama la gente Azucena
y el nombre ya dice quien soy:
humilde y modesta,

sencilla y prudente,
fragante y hermosa
como es lo decente;
pero eso no quita
para que quizás...
el ser coquetuela y bonita
!me guste muchísimo más!
Saracatapún,
no sé que me pasa;
Saracatapún,
no sé que será,
que voy buscando mi casa
y nunca sé donde está.

Debajo de un puente del Sena,
según familiar tradición,
nació la pimpante Azucena
lo mismo que nace un gorrión.

Mi rostro engalano
con sol y rocío;
mi peine es la mano
mi espejo es el río,
la calle es mi sede,

y el mundo es mi hogar...
Si el Rey su Palacio me cede,
¡me voy a tener que mudar!
Saracatapún,
no sé que me pasa;
Saracatapún,
no sé qué será,
que voy buscando mi casa
y nunca sé donde está.

H A B L A D O

RENE.- ¡Deliciosa!

QUINTIN.- ¡Ideal! Lo que buscábamos.

AZUCENA.- ¿Qué querías de mí? ¿Cuentos? ¿Historias?

Yo puedo divertiros hasta el amanecer. Soy
una chica alegre.

QUINTIN.- Pues, entonces, déjate de historias.

¿Quieres venir a una fiesta?

AZUCENA.- ¿A una fiesta? ¡Ya lo creo!

RENE.- ¿Pero tú estás loco? ¿Cómo va a entrar allí
esta muchacha?

QUINTIN.- Todo está previsto. ¿Para qué tienes tú

maniqués?

(Por el vestido del maniquí)

?Te gusta este vestido, Azucena?

AZUCENA.- Precioso.

QUINTIN.- Ya lo ves. Para mí no existe el imposible

(Desnudando el maniquí)

Toma, cambia de traje. Por una noche vivirás una nueva existencia. Y, si te portas bien, seremos buenos amigos.

AZUCENA.- !Portarme bien...! ?Quién lo duda? ?Cuánto me pagaréis?

QUINTIN.- Lo que pidas. ?Quieres un luis?

AZUCENA.- !Un luis! ?Un luis de oro?

QUINTIN.- A ver, René, dame un luis...

RENE.- (Dádoselo)

Encantado.

QUINTIN.- (A ella, dándole el dinero.)

Anda y no tardes. Vístete de opulenta marquesita.

(Señalando la primera puerta de la izquierda.)

Aquí.

RENE.- No, por Dios. No perturbeis el casto sueño de Simplicio.

AZUCENA.- ¿Simplicio?

(Riendo)

QUINTIN.- No perdamos la noche, ea.

(Empujando a Azucena hacia la puerta del fondo izquierda)

AZUCENA.- (Rie de nuevo)

Oye, ¿nos tuteamos?

QUINTIN.- Nos tuteamos pero nos retrasamos...!Anda adentro!

AZUCENA.- Ya empezamos a ser amigos. ¡Casi me pegas...!

(Mutis con el vestido)

RENE.- Eres un optimista.

QUINTIN.- ¿Por qué?

RENE.- Porque en Azucena has encontrado musa, pero amante...

(Con signos negativos)

QUINTIN.- ¿Crees que no soy capaz de rendirla?

RENE.- Hombre, según lo que andéis.

QUINTIN.- Ya te he dicho que para mí no existe

el imposible. Azucena me amará con locura.

(Sacando un pomo)

Esta esencia oriental hace milagros.

(Toma una copa con agua y sobre ella vierte unas gotas del pomo.)

Dos gotas reaniman, tres embriagan de amor, cuatro...el frenesí. Pondremos cinco.

(Deja la copa sobre el pié de la estatua de la derecha.)

RENE.- ¿Y te enorgullece ese amor de borrachera?

QUINTIN.- No es hora de frases. Disparte, tú también para la correría nocturna?

RENE.- ¿Es preciso que vaya yo?

QUINTIN.- No te conozco, chico.

(Sale por la escalera la señora RENARD.)

RENARD.- ¿Va a salir esta noche el señor?

QUINTIN.- Sí, señora.

RENE.- Saldré; pero conste que voy resignado.

(Mutis por la escalera. La señora Renard coge de la mesa casi todo el servicio. Aparecen por detrás del ventanal el MARQUES DE MARIGNY y BLANCA en traje de viaje.)

MARQUES.- ¡Eh, eh!

QUINTIN.- ¿Quien va?

BLANCA.- Padre, ese no es René.

MARQUES.- Tú qué sabes.

QUINTIN.- La señorita está en lo firme.

MARQUES.- Pero, ¿aquí vive mi sobrino el abate
René de Marigny?

QUINTIN.- ¡Su sobrino!

BLANCA.- Mi primo René.

QUINTIN.- En efecto, sí. Vive todavía... Vos se-
reis el Marqués...

MARQUES.- (Jovialmente)

El mismo.

QUINTIN.- ¡Cómo se va a emocionar monseñor!

MARQUES.- (A Blanca)

¿Escuchas? Monseñor.

(Desaparecen el Marqués y Blanca hacia la izquierda.)

QUINTIN.- (Azorado, medio loco)

¡El diluvio Universal!

RENARD.- (Saliendo a la sala)

¿Qué ocurre?

QUINTIN.- Un terremoto. Prevenid a ese hombre, a

vuestro amo...!Ah! Le salvé!

(Llaman a la puerta)

QUINTIN.-

(En voz baja)

No abrais, señora.

(Alto)

Ya va.

(Entra en la alcoba de la izquierda.)

RENARD.- Este señor Quintín está perdido.

QUINTIN.-

(Vuelve a salir con la maleta y el traje de Simplicio en la mano.)

El pobrecillo duerme como un leño.

(Otra llamada a la puerta)

Va en seguida.

(A la señora Renard)

Tomad todo esto, subidlo a vuestro amo y decidle que estoy !con el Marqués de Marigny!

RENARD.- !Locuras de Carnaval!

QUINTIN.- Callad, señora, que a lo mejor os visto de abadesa!

RENARD.- !Madre mía!

(Mutis por la escalera mientras Quintín acude a abrir la puerta.)

M Ú S I C A

QUINTIN.-

(Abriendo la puerta)

Penetrad, gran señor.

MARQUES.-

(Entrando con Blanca)

Monseñor, ¿donde está?

QUINTIN.-

En seguida vendrá

monseñor.

BLANCA.-

¡Oh, Dios mío, qué hermosa quietud!

QUINTIN.-

Vuestro primo es un santo en agraz.

MARQUES.-

¡Qué rincón de virtud!

BLANCA.-

¡Qué remanso de paz!

QUINTIN.-

¡Adiós juventud!

MARQUES.-

(A su hija)

Dí, ¿no te embarga

una tierna emoción?

BLANCA.-

¡Ah! Más bien siento

una gran ansiedad.

MARQUES.-

¡Qué venturosa mansión!

QUINTIN.-

¡No hay igual!

MARQUES.-

Lejos de toda ficción.

QUINTIN.-

Es verdad.

BLANCA.- Es la cabal sensación
de su castidad.
Su vida sin duda
conoceis.

QUINTIN.- Su vida es un modelo
de piedad.

MARQUES.- ¡Contárnosla debeis!

QUINTIN.- Su vida y sus milagros
supondreis;
mas quiero complaceros:
escuchad.

La misa en un convento va a decir
y afirma todo el mundo que le oyé
que dice la misita
mejor que el padre aquel que la inventó.
Confiesa a la nobleza de París
predica con ardor la santa ley;
convive con el pueblo
y cena siempre por las noches con el rey
¡Ah! ¡Oh!

MARQUES.- Doctrina tan sutil
junto a mí la aprendió.

QUINTIN.- ¡Oh! ¡Ah!

BLANCA.- ¡Quién sabe donde al fin
monseñor llegará.

QUINTIN.- La familia Marigny,
orgullosa debe estar,
pues en uno de sus miembros
va a tener un cardenal.

H A B L A D O

MARQUES.- (Se recrea en la contemplación
de las pinturas.)

¿Y éstos son los libros de oraciones de mi
sobrino?

QUINTIN.- Señor Marqués, no ofendais su virtud.
Vuestro ilustre sobrino gasta sus rentas en
proteger el arte como un Médicis. Bajo su am-
paro viven muchos artistas que de esta casa
hicieron estudio.

BLANCA.- Lo reconozco. Las mejores horas de mi in-
fancia las he pasado oyendo de su boca nobles

vidas de artistas y poetas.

MARQUES.- Pero al hacerse clérigo...

QUINTIN.- Ahora veréis que no ha cambiado más que de traje.

(Dando gritos junto a la escalera.)

Señora Renard, señora Renard!

MARQUES.- ¿Es el ama?

QUINTIN.- Sí.

BLANCA.- (Vivamente)

Será muy vieja...

QUINTIN.- Y fea.

(Hacia la escalera)

¿Baja vuestro señor?

SIMPLICIO.- (Abre la puerta de su cuarto y enseña la cabeza.)

¡Aquí no hay quien duerma!

(El marqués y Blanca se levantan sorprendidos, yendo hacia la puerta de Simplicio.)

QUINTIN.- (Aparte)

¡Rayos!...

SIMPLICIO.- ¡Ah!

(Cierra la puerta)

QUINTIN.- Salid, Simplicio.

SIMPLICIO.- (Dentro)

No puedo.

QUINTIN.- (Al Marqués)

Es el señor Simplicio Gateau...gran artista...
huesped de René...y autor de todas estas joyas
pictóricas.

(Abre la puerta de Simplicio)

Salid, maestro de la paleta. El señor Mar-
qués de Marigny y su hija os aguardan.

(Sale Simplicio envuelto en la
colcha de la cama.)

SIMPLICIO.- Señor Marqués...Señorita...Perdonad.

(A Quintín)

¿Qué hicieron de mis ropas?

MARQUES.- (Estrechándole la mano)

Sois un gran artista.

SIMPLICIO.- ¿Yo?...Sí...Regular...

BLANCA.- Estos lienzos son admirables.

SIMPLICIO.- ¡Ah, ya lo creo! Todas estas maravillas
se deben a René...

MARQUES.- ¡Qué modesto!

QUINTIN.- Es claro...sin su dinero, sin su protección...el señor Simplicio Gateau !no las habría pintado!

(Recalcando)

SIMPLICIO.- Eso es.

MARQUES.- (Señalando el famoso desnudo)

Pero observo que sois algo naturalista.

SIMPLICIO.- ?Yo?

MARQUES.- Aquella joven...

SIMPLICIO.- No. Es "La verdad en cueros".

(Sale AZUCENA, ya disfrazada)

AZUCENA.- Ya estoy.

QUINTIN.- (Aparte)

!Diablo!

(Alto)

Señor Marqués...os presento, a la esposa del señor Simplicio Gateau.

SIMPLICIO.- !Mi esposa!

MARQUES.- !Hola! !Hola! El señor Simplicio es un sibarita...

SIMPLICIO.- !Por Dios, Marqués...!

QUINTIN.- (Aparte a Azucena)

Por tu vida, sigue la farsa...Un Luis...Cien
luses más...

AZUCENA.- (Aparte a Quintín)

Descuida.

(Alto)

Pero, ¿qué haces, maridito, con esa colcha?

SIMPLICIO.- ¡Qué voy a hacer! ¡Sudar...!

MARQUES.- (A Simplicio, despues de contempl
plar a Azucena.)

¿Cómo se llama vuestra esposa?

SIMPLICIO.- ¡Ah! ¿Cómo se llama? Os vais a asombrar
cuando os lo diga...Anda, díselo.

AZUCENA.- Azucena.

BLANCA.- Pero ese será el nombre familiar...

SIMPLICIO.- Familiarísimo. El de pila es muy raro..
Simeona.

BLANCA.- Azucena es muy lindo...Y vos seréis la prima
mera devota del genio de vuestro esposo.

SIMPLICIO.- Sí, señora, mi primera devota.

(A Quintín)

¿Quién es esta Azucena?

QUINTIN.- (A Simplicio)

Una chica muy guapa.

SIMPLICIO.- Ya lo he visto; pero...

QUINTIN.- Disimulad...

BLANCA.- Casarse con un artista es una gran suerte.

SIMPLICIO.- Pues, ¿y casarse con una devota?

(Sale RENE por la escalera visitando una sotana morada de Simplicio.) (Abraza al Marqués)

RENE.- ¡Querido tío!

MARQUES.- ¡René de mi vida!

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡Mi sotana...!

RENE.- ¡Querida Blancaflor...! Os habrán presentado...

QUINTIN.- Sí, a todos...A Simplicio...a su esposa..

RENE.- Eres el único, Quintín.

SIMPLICIO.- Mira René, yo estoy aquí encantado, pero comprenderás que esta indumentaria...

RENE.- Es verdad. Tus vestidos se los llevó la vieja para limpiarlos.

(Llamando)

¡Señora Renard!

(Al Marqués)

¿Y adonde camináis, querido tío?

MARQUES.- Venimos de Lorena, de vender malamente los últimos vestigios de mi pobre fortuna y ahora ¡a Bretaña! A nuestra casa solar.

QUINTIN.- Creo que es un castillo de mucho mérito..

MARQUES.- ¡Pchss!...Una ruinita. Pero no nos queda otra cosa. Por otra parte, llegado el tiempo de que mi hija tome el hábito, ha querido enclaustrarse en el santuario de Santa Rosamunda.

BLANCA.- Pero antes hemos venido a recogerte.

RENE.- ¿A recogerme?

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡"Dies Irae"!

MARQUES.- Blanca ha querido que, en su profesión, que es un anticipo de su muerte, la acompañes y fortalezcas; que bendigas su hábito y la ciñas el velo de desposada con el Señor.

QUINTIN.- (Aparte)

¡Arremángate que hay charcos!

BLANCA.- ¿No quieres?

RENE.- ¿Por qué no?

SIMPLICIO.-

(Aparte a René)

!Es un sacrilegio!

RENE.- Me favorece mucho tu buen recuerdo, pero no
podré ir a Bretaña hasta dentro de cinco o
seis días.

MARQUES.- Muy bien. Nos iremos juntos.

QUINTIN.-

(Cambiando con René una mirada
trágica.)

No; debeis marcharos mañana mismo. París es-
tá imposible...inquietudes...conspiraciones..
La corona en peligro...La nobleza amenazada..
Pues, ¿y los clérigos? No le han cortado a es-
te la cabeza por un milagro.

MARQUES.-

(Alarmado)

Sí, sí, nos iremos.

BLANCA.- Ahora mismo.

RENE.- Ahora descansareis, es muy tarde.

MARQUES.- Perdón, queridísimo sobrino...Comprendo
que la hora ha sido muy importuna.

(Sale la señora RENARD)

RENARD.- ¿Me llamabais?

RENE.- Sí. Preparar a mi prima una alcoba...Traed

sus ropas al señor Gateau. Creo que las dejasteis...en el salón de las panoplias. Mi tío dormirá en la alcoba azul.

RENARD.- La de la señorita está dispuesta.

(La señora Renard recoge el resto del servicio de comer que había aún sobre la mesa, pero deja olvidados los dos antifaces.)

BLANCA.- Hasta mañana, pues.

(Besa al Marqués)

MARQUES.- Adiós, Blanquita.

(La bendice)

BLANCA.- Señores, descansad.

TODOS.- Buenas noches.

RENARD.- (Indicando la escalera)

Por aquí, señorita; por aquí.

(Mutis de Blanca, seguida por la señora Renard. Mené la acompañe hasta el pie de la escalera.)

MARQUES.- Señor Simplicio, quiero pedirle un favor.

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡Que sea fácil, Dios mío!

(Alto)

Mandadme, señor marqués.

MARQUES.- Puesto que no podemos deternos, quiero que acepteis mi invitación para vivir unos días en Bretaña!

RENE.- ¡Admirable, si señor! Gran idea.

(Aparte a Simplicio)

¡Ayúdame, por Dios!

SIMPLICIO.- Bueno, pues iré.

MARQUES.- ¡Oh, gracias! Sólo abusando de nuestra amistad incipiente podré satisfacer mi anhelo de adornar mi sala de armas con un retrato mío

(Quintín y Azucena se vuelven para disimular la risa.)

SIMPLICIO.- ¿No teneis quien lo cuelgue?

MARQUES.- No tengo quien lo pinte.

SIMPLICIO.- ¿Más que yo?

(Aparte)

¡Pues ya te has retratado!

QUINTIN.- Ya veréis qué pastel os hace.

SIMPLICIO.- ¿También repostero?

MARQUES.- (A Quintín)

El señor...

RENE.- Quintín Marbrais.

MARQUES.- ¿Es pintor?

RENE.- Es poeta lírico.

MARQUES.- Poeta...como yo...¡Ah! Pues quedais invitado a la profesión de Blanca, y, entre los dos, compondremos un epitalamio místico.

QUINTIN.- Me honrais mucho marqués.

MARQUES.- (Dirigiéndose a Simplicio)

Y, por supuesto, - yo no tengo condición de tirano - para que no pinteis de mala gana... nos llevaremos también a vuestra dulce esposa.

SIMPLICIO.- ¡Por Dios, marqués! ¡Por Dios, René!

AZUCENA.- ¡Ah! ¿No quieres llevarme, maridito?

SIMPLICIO.- (Aparte)

Señora, por favor...

AZUCENA.- No me adoras...

RENE.- ¿No la adoras, Simplicio?

SIMPLICIO.- No me busqueis la lengua.

MARQUES.- ¿Estais aún en la luna del amor?

AZUCENA.- Sí, señor; ya veis qué displicente.

QUINTIN.- Ea, ea. Cuando se queden solos harán las

paces.

SIMPLICIO.-

(Aparte a René)

!No me dejéis solo!

RENE.- Tú, Quintín, irás a prepararle a mi tío
un carruaje para salir mañana temprano. Yo
os seguiré en cuanto obtenga permiso del car-
denal, con quien ya sabéis que trabajo.

SIMPLICIO.-

(Aparte)

!Cómo las lía!

QUINTIN.- Duerme tranquilo. Marqués...Hasta mañana.
Saldremos a las siete.

MARQUES.- Muy bien.

QUINTIN.- Adios, feliz pareja.

SIMPLICIO.- !"Vade in pace"!

(Quintín hace mutis a la calle)

AZUCENA.- ?No se acuesta el señor Marqués?

MARQUES.- Sí, señora, ahora mismo. ?Por donde René?

RENE.- Aguardad...!Esta vieja es el ans del diablo!

(Mutis por la escalera)

AZUCENA.- Es un santo.

MARQUES.- Juraría que él mismo os casó.

SIMPLICIO.- Sí, él mismo.

MARQUES.- ¿Hace mucho?

AZUCENA.- (Zalamera)

A mí me parece que ha sido hoy; ¿y a ti?

SIMPLICIO.- Señora, reportaos...

AZUCENA.- ¿Lo veis? ¡Ingrato! Creeré el señor Mar-
qués que no eres un marido ejemplar.

SIMPLICIO.- Tú te callas... y te acuestas.

AZUCENA.- No te enfades, monín.

SIMPLICIO.- ¿Monín?

(Aparte)

¡Aquí quisiera yo ver a San Casto!

AZUCENA.- Luego me las pagarás.

SIMPLICIO.- ¡Hum!

AZUCENA.- ¡Por adusto!

SIMPLICIO.- Anda adentro.

(Empujándola hacia la puerta
de la izquierda.)

AZUCENA.- ¿Sin ti?

SIMPLICIO.- Por supuesto.

AZUCENA.- Merecías...

SIMPLICIO.- (Soplando)

¡Mil cuernos de Satañas! ¡A la cama!

(La empuja hasta la puerta, que cierra.)

Marqués, perdonad: delante de vos...

MARQUES.- ¿Qué me vais a contar? Soy hombre muy corrido, querido Gateau...Claro que vos...

¿Creeis que no adivino por qué queríais deshaceros de Azucena?

SIMPLICIO.- Porque esta noche me fastidia.

MARQUES.- ¿No lo dije? Esta noche de bacanal, ningún marido que se estime se queda en casa...

SIMPLICIO.- (Aparte)

Yo no puedo más.

MARQUES.- ¿A que habeis pensado marcharos?

SIMPLICIO.- En cuanto me dejen solo me voy aunque sea en coñcha.

MARQUES.- Lo adivinaba.

(Misteriosamente)

Pero no seréis tan cruel que os vayáis solo.

SIMPLICIO.- ¿Eh?

MARQUES.- Nos iremos juntitos. Yo también en tal noche como ésta he conquistado muy buenas mozas.

SIMPLICIO.- ¡Muy buenas!

(Como despidiéndose)

MARQUES.- No seas impaciente.

(Deteniéndole)

SIMPLICIO.- Marqués, por Dios, yo soy un infeliz,
un...

MARQUES.- ¡Pillastre! ¿Os molesta que os acompañe?

SIMPLICIO.- ¿Me estáis confundiendo.

MARQUES.- Prometo no entorpecer vuestras aventuras.

Para que no se entere mi sobrino...

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡Este tío me pierde!

MARQUES.- Debeis disimular, acostaros con Azucena.

SIMPLICIO.- ¡Con Azucena!

MARQUES.- Cuando René se retire y todos duerman,
yo vendré a llamaros con unos discretos golpes en la puerta.

SIMPLICIO.- Pero, Marqués...!

MARQUES.- ¡Callad!

(La señora RENARD sale por la
escalera trayendo al brazo un
traje de caballero.)

RENARD.- Señor, vuestro aposento está preparado.

(Indicándole la puerta del fondo derecha por donde entra ella.)

MARQUES.- Hasta mañana, pues.

SIMPLICIO.- ¡Deo volente!

MARQUES.- Adiós, pintorazo.

(Sale la señora Renard por donde hizo mutis y deja paso al Marqués, que entra en el mismo aposento. La señora Renard además del traje de caballero, trae ahora las ropas de vagabunda de Azucena, que ha procurado ocultar a la vista del Marqués.)

RENARD.- ¡Qué novecita, padre!

SIMPLICIO.- Que ya es he dicho que yo no soy padre.

RENARD.- Hijo, perdona.

SIMPLICIO.- ¿Hay por aquí cerca alguna posada?

RENARD.- Casi enfrente: la de "Las tres Gracias".

SIMPLICIO.- Pues...la "Las tres".

(Se dirige a la puerta del fondo izquierda y se detiene al darse cuenta de que va en colcha.)

Pero...¿adonde voy con estos flecos?...

(Al ver a RENE que sale por la escalera, vestido ya con su traje y con un antifaz en la mano.)

René: ¡esto no se hace con un amigo!

RENE.- Anda, duerme, descansa.

(Indicándole la puerta de la izquierda.)

SIMPLICIO.- No; ahí no. ¡No me pierdas!

RENE - ¿Por qué?

SIMPLICIO.- Porque está...mi esposa.

RENE.- Se va inmediatamente.

(Abre la puerta)

Salida.

AZUCENA.- (Saliendo)

¿Se te ha pasado, rico?

(La señora RENARD entra con las ropas en cuanto sale Azucena)

SIMPLICIO.- Señora, perdonad que haya sido tan áspero. Yo no puedo seguir esta farsa. ¡Ay si pudiera!

RENE.- (A Azucena)

Quedamos encantados de tu ingenio. Toma.

(Dándole dinero)

¡Y a divertirte! Mi amigo Quintín no faltará a la fiesta del Madrigal. No le faltes tú.

AZUCENA.- ¡Con la ilusión que llevo a la fiesta!

Siempre...siempre la he visto desde la calle.

Hoy no...Yo soy una elegante.

(Mutis segunda izquiera. Deja la puerta de par en par.)

RENE.- ¡Encantadora!

SIMPLICIO.- ¿No es un dolor mirar a esa muchacha y no poder decirle lo que siento...no poder decirle nada?

RENE.- Ahora descansarás.

SIMPLICIO.- Pues ahora es cuando empieza el "via crucis". No, no; yo ahora me marchó, y, aunque sea andando, me encamino a Orleans. Me espera el Obispo, me tengo que ordenar.

RENE.- Pues yo te ordeno...

SIMPLICIO.- ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

RENE.- Que te quedes...y que me salves.

SIMPLICIO.- ¿Pero, ¿cómo voy a pintar a tu tío?

RENE.- Necesito de tu amistad.

SIMPLICIO.- Es que en cuanto necesitas de mi amistad me metes en un enredo.

RENE.- Yo velo por ti.

SIMPLICIO.- Y quiere tu tío que nos llevemos a mi esposa, ¿y por poco me acuesta con ella! De

pensar ese horror se me ha puesto la lengua
como de estopa.

(Mientras René cierra la puerta de la calle, dando la espalda a Simplicio, éste se bebe el agua que dejó Quintín al pie de la estatua.)

¡San Estanislao de Kostka, consérvame puro!

(Sale la señora RENARD y cierra el ventanal del fondo.)

RENE.- ¡Acuéstate y descansa!

(Paternalmente lleva a Simplicio a la puerta de su cuarto)

SIMPLICIO.- Y el caso es que era muy guapa.

RENE.- Encantadora.

SIMPLICIO.- ¡Guapísima!

RENE.- Sí, hombre, sí.

SIMPLICIO.- Ya has visto, Señor, que era una verdadera tentación; apúntala en mi hoja de servicios.

(Entra en el aposento y René cierra la puerta.)

RENE.-

(A la señora Renard)

Podeis retiraros. Yo me voy...? Eh? ¿Qué es eso?

RENARD.- Vuestra prima que baja por la escalera.

RENE.- ¿Mi prima? ¡Qué extraño!

(Abriendo la puerta del primer término izquierda y en voz baja dirigiéndose al interior.)

Soy yo: René.

(Mutis)

RENARD.-

(Sorprendiendo a Blanca cuando ésta termina de bajar la escalera.)

¡Señorita!...

BLANCA.- ¡Ah!

RENARD.-

(Al verle dispuesta como para salir a la calle, y ahora en tono de reconvención.)

Señorita...

BLANCA.- ¿Os extraña, verdad?

RENARD.- No me negueis que es chocante.

BLANCA.- Chocante, según. Tened en cuenta que soy una señorita provinciana. Descomozco París y, ¡tanto oí hablar de sus Carnavales!

RENARD.- Pero, ¿no vais a profesar en seguida?

BLANCA.- Eso quiere mi padre. El es tan religioso, tan austero, tan moral... ¿Quién se atreve a contrariarle? Pero yo comprendo que no he

nacido para monja.

RENARD.- Ya, ya se vé.

BLANCA.-No penseis que soy ninguna loca. Si mi padre se empeña...Pero, al menos, cuando oiga hablar a la madre abadesa del Carnaval nefando, ¡que pueda darle mi opinión!

RENARD.- Señorita, mirad lo que haceis. Esas calles son hoy un infierno.

BLANCA.- Pero, ¿quién me conoce en París?

RENARD.- Sin embargo...

BLANCA.- Tampoco me propongo hacer otra cosa que pasear, curiosear...

RENARD.- Una mujer joven y bonita, que va sola, no sabe todo lo que puede hacer esta noche, contra su voluntad.

BLANCA.- ¿Y quién podría haberme acompañado? ¿Mi padre? ¡Pobrecillo...! ¡Si lo sospechara siquiera! No tengo en París otro pariente que mi primo René, ¡y comprendereis que a un abate!...

RENARD.- (Muy suficiente)

¡Oh, claro está!

BLANCA.- No sé que noto en vuestra voz.

RENARD.- Nada, por Dios. Que estoy preocupada con vuestra aventura. Mujeres solas y decentes no se ven esta noche por las calles. Si al menos quisiéseris que yo os acompañara...

BLANCA.- ¿Por qué no? Así os convenceréis de la inocencia de mis intenciones. Hacéos cargo, señora Renard. En toda mi vida no pasaré en París más que esta noche. Se oyen unas músicas, se huelen unos aromas, hay tanta claridad en el cielo, que la noche es una invitación a la alegría.

RENARD.- (Acaramelada)

¡Ay, como describís!

(Tomando los antifaces de la mesa, como si repentinamente los descubriera y dándole uno a Blanca.)

Tomad, señorita. Y éste para mí. Aguardadme un instante, que me pomponga un poco, ¡y ya vereis lo que es un ama de llaves, sonora y bullanguera!

BLANCA.- Me encanta.

RENARD.-

(Ya al pie de la escalera)

Pero, todo con requetemuchísima decencia,

?eh?

(Mutis)

M Ú S I C A

(Se oye pasar una comparsa por la calle. Blanca, al oírlo, se acerca al ventanal del fondo; pero como los vidrios no transparentan, se dirige a la puerta del fondo izquierda, se pone el antifaz y sale por ella al zaguán.)

CORO.-

Hala, rala, rala

que ha llegado el Carnaval.

Hala, rala, rala,

con ardor primaveral.

El Buey Gordo se pasea

por las calles de París,

y a admirarlos por las calles

van los hijos de San Luis.

Hala, rala, rala.

Noche clara de París.

(Sale René por la izquierda, primera. Se orienta y escucha

hasta convencerse de que todo está tranquilo. Entonces, se pone el antifaz y, para salir a la calle, se dirige al fondo, en el momento en que vuelve a entrar, desde el zaguán su prima Blanca.)

HABLA DO SOBRE LA MÚSICA

RENE.- ¡Ah!

BLANCA.- ¡Ah!

RENE.- Señorita...

BLANCA.- Caballero...

RENE.- (A parte)

¡Je, je!...La monjita en traje de máscara.

BLANCA.- (A parte)

¡Hola! El abate con antifaz.

RENE.- ¿Podeis decirme quien sois?

BLANCA.- No.

RENE.- ¿O a qué venís?

BLANCA.- Sí, ¿no es ésta la vivienda del abate de Marigny?

RENE.- Pero el abate de Marigny, mi amigo, duerme a estas horas y no deja de sorprenderme que le visite una señorita bella.

BLANCA.- ¿Decís que duerme, verdad?

RENE.- Evidente.

BLANCA.- ¡Qué lástima! Venía a consultarle un caso de conciencia. Vereis. Estoy de paso en París por una sola noche.

RENE.- ¿Con vuestro padre, quizás?

BLANCA.- Quizás.

RENE.- ...Que os ha dado permiso para venir a ver al abate...

BLANCA.- Respecto al abate, mi padre está un poco engañado.

RENE.- ¡Pobrecillo!

BLANCA.- Es noche de Carnaval, no he de volver a París en mi vida. ¿Será pecado recorrer sus calles y ver la fiesta? ¿Habrá peligro para mi honestidad? Esto quería yo consultar al abate de Marigny.

CANTADO

RENE.- No sé lo que el abate
pudiera contestar.
Quizá por ser su amigo

lo puedo adivinar.

BLANCA.-

Pues yo os estimaría
de todo corazón
que, en nombre del abate,
me dierais su opinión.

RENE.-

Con mil amores
os la diré.

BLANCA.-

Yo, agradecida,
la escucharé,
y, si concuerda
con mi deseo,
es evidente
que me la creo.

RENE.-

La consulta, señorita,
soy capaz de resolver,
aunque yo no soy abate...

BLANCA.-

(Con cierta malicia)

Ya lo sé.

Pero ved que me impaciente
porque vine con afán.

RENE.-

La respuesta, de mis labios
escuchad.

París en Carnaval
es la ciudad pagana
donde extendió el rosal
de la flaqueza humana
su bálsamo fatal.
París se embriaga esta noche
de aromas de juventud.
París, borracho, amenaza
vuestra inmaculada virtud.

--

BLANCA.-

Vuestro consejo
debo seguir.
Yo no sabía
lo que es París.

RENE.-

!Ah! pobre niña!
!qué sabéis vos!

BLANCA.-

que es un peligro
de corrupción.

RENE.-

Pero en París también
floresta milagrosa
propicia para quien
oler quiere la rosa

mirífica del bien.

Si vais con un caballero
que respetaros juró
podeis volar sin peligro.
¡Y ese caballero soy yo!

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

BLANCA.- ¿Creeis que esta es la opinión del abate
de Marigny?

RENE.- René de Marigny, mi amigo, sabiendo que yo
os acompaño, se sentirá feliz.

BLANCA.- ¿Tanto ía de vos?

RENE.- Mejor que conmigo no podríais ir con nadie..
más que con él.

BLANCA.- Como si fuera con él iré con vos.

RENE.- (Aparte)

Me ha conocido. Estoy arruinado.

BLANCA.- (Aparte)

Sabe quien soy. Estoy salvada.

CANTADO

París en Carnaval...

Vergel desconocido...

RENE.-

Fusión del bien y el mal
en un primer latido
de amor primaveral.

BLANCA.-

París me embriaga de ensueño.

RENE.-

Venid conmigo a soñar.

LOS DOS.-

(Dirigiéndose a la puerta del
segundo término izquierda.)

!La noche alegre nos llama
con su dulce cantar!

(Mutis)

CORO.-

(Dentro más lejos que antes)

Hala, rala, rala
que ha llegado el Carnaval.

Hala, rala, rala,
con ardor primaveral.

(Por la mirilla de la derecha
asoma el rostro del Marqués
bien ajeno a todo lo que le
rodea.)

MARQUES.-

Ya todo, en la casa,
parece tranquilo.
Salgamos ahora
con mucho sigilo.

(Desaparece de la mirilla y la cierra. Por la primera puerta de la izquierda sale SIMPLICIO con su nuevo traje de seglar)

SIMPLICIO.-

Yo estoy mareado,
yo no aguanto más.
Tú, René querido,
me dispensarás.

(Simplicio se dirige a la puerta de la calle; pero, cuando llega al vestíbulo, aparece el Marqués por la puerta del fondo derecha.)

MARQUES.-

Ya estais aguardando.

!Ja, ja, ha, ja, ja!

SIMPLICIO.-

(Aparte)

!Esta si que es buena!

MARQUES.-

!Vamonos allá!

(Coge a Simplicio de un brazo y se lo lleva, a la fuerza, a la calle. Inmediatamente sale por la escalera la señora RE-ANRD con un abigarrado traje carnavalesco y su correspondiente antifaz. Mientras el coro canta dentro nuevamente, la misma estrofa, aquella rareandola, hace unos ridículos pasos de baile, hasta que se da cuenta de la ausencia de Blanca, entonces, la busca,

llamándola y mira hasta debajo
de la mesa. Cuando se convence
de que no está, hace mutis
con los mismos pasos ridículos)

RENARD.- ¡Señorita, señorita...?Dónde estará?

Pues aquí, tampoco. ¿A que me está aguardando
en la calle? ¡La, lara la, lala, lala!...

TELÓN RÁPIDO

UNA NOCHE EN PARIS

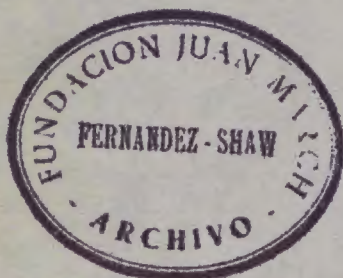
ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Una plazoleta de París. A la derecha, en primer término, calle. En segundo, un cuartelillo con puerta practicable. En el tercero, otra calle. En el fondo, chaflán en el que hay una pastelería con puerta practicable. A la izquierda, en último término, calle. En primero y segundo término, el Figón del Guerno de la Abundancia con carnalesca portada que representa la cabeza de un dragón u otro monstruo semejante, cuya boca es la amplia puerta del figón. Es de noche, con luna muy clara.

MÚSICA



(LAPEROUSE, BONFLEUR y otros dragones salen del cuartelillo, mientras suena, dentro del figón, la voz del coro de artistas, comerciantes, estudiantes y gente alegre.)

CORO.--

¡Bebed, bebed

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

el vino de Borgoña!

Debemos esta noche
tomar la vida en broma.

¡Cantad, cantad
en torno de la mesa!
Brindad por los amores
de las mujeres bellas.

RECITADO

LAFEROUSE.- ¿Llegaron ya las gentes divertidas al
figón?

BONFLEUR.- Ahora mismo pasaron como demonios .

LAFEROUSE.- Tendremos que entrar a adueñarnos de
la reunión.

BONFLEUR.- O que la reunión venga a alegrar nuestro
cuerpo de guardia.

(Sale por el foro derecha AZUCE
NA vistiendo el traje de mar-
quesita del acto anterior. Se
dirige a la puerta del figón
y se para a escuchar las voces
interiores.)

CORO.-

(Dentro)

¡Bebed, bebed
el vino de Borgoña!
¡Cantad, cantad!

!Brindad por las mujeres
simpáticas y hermosas!

H A B L A D O

(Los dragones se acercan a
Azucena en actitud galante.)

BONFLEUR.- Señora Duquesa...

LAPEROUSE.- Señora Marquesa...

AZUCENA.- (A uno y otro)

Señor Príncipe... Señor Arzobispo...

BONFLEUR.- No tomeis a broma nuestra galantería.

AZUCENA.- Menos palabrería y concretemos. ¿Teneis
algo que decirme?

LAPEROUSE.- Ya lo creo. Que, si como sospechamos,
habeis perdido a vuestro amante, elijais uno
en este regimiento de dragones.

AZUCENA.- !Ah! Pero ¿sois dragones? Con lo que a
mí me asustaban de pequeña...

BONFLEUR.- (En conquistador)

Y ahora, ¿no os asustan?

AZUCENA.- (Exagerada)

!Muchísimo! Por eso no elegiré a ninguno.

LAPEROUSE.- ¿Y no aceptaríais presidir nuestra mesa?

AZUCENA.- ¿Qué mesa?

LAPEROUSE.- La que en nuestro cuartel tenemos preparada.

BONFLEUR.- Hay riquísimos vinos de Francia.

LAPEROUSE.- Embutidos, fiambres...

BONFLEUR.- Y una soberbia tarta de coco.

AZUCENA.- No me preguntéis que si me asusto del coco. ¿Donde está el coco?

(Decidida)

LAPEROUSE.- ¡Aguardad! En este cuartel no puede entrar una hermosura de tal linaje, sin que se le rindan los debidos honores.

(En la puerta del cuartel)

¡Muchachos, a formar!

MÚSICA

(Del cuartel empiezan a salir los dragones, en fila, con paso militar, evolucionando en torno a Azucena.)

DRAGONES.- Refir por los amores
de una mujer

es un deber de todo

buen militar.

Soy militar que cumple

con su deber;

por vuestros amores

yo quisiera luchar.

La gloria de embriagarse

con vuestro amor,

Es el laurel

para el vencedor.

AZUCENA.-

Por el amor

de una mujer,

que es enemigo

difícil de vencer,

hay que luchar

y hay que decir:

"Por tus amores yo sabré,

si lo quieres tú, morir".

Mas el amor

de la mujer,

lo mismo brinda

la pena que el placer;

y el que al dolor
quiera escapar,
en amores de mujer
debe el corazón salvar.

CORO.-

!Dice gran verdad!

Por el amor
de una mujer,
que es enemigo
difícil de vencer,
hay que luchar
y hay que decir:
"Por tus amores yo sabré,
si lo quieres tú, morir".

AZUCENA.-

(Al mismo tiempo que el coro
y con un sentido irónico.)

Qué inmensa tontería
es esa de decir:
"por unos amores
yo sabré morir".

(Ya sola)

Mas el amor
de la mujer

lo mismo brinda
la pena que el placer;
y el que al dolor
quiera escapar,
en amores de mujer
debe el corazón salvar.

CORO.- ¡Debe el corazón salvar!

H A B L A D O

BONFLEUR.- "Salvando el corazón", o como queráis,
nosotros os amamos ya.

AZUCENA.- ¿Todos?

BONFLEUR.- Todos. ¿Os asusta?

AZUCENA.- Ya os he dicho que yo no me asusto de nada. Venga ese refrigerio y quede eso del amor para la hora de los postres.

LAPEROUSE.- ¡Vivan los postres!

TODOS.- ¡Viva!

(Hacen mutis todos por el cuartelillo, cantando una estrofa del número anterior.)

(Por el fondo derecha entran el MARQUES DE MARIGNY y el joven

SIMPLICIO, que nota ciertos inexplicables efectos de un vaso de agua.)

MARQUES.- ¡Eh! ¡Eh! Señor Gateau, que me dejais atrás.

SIMPLICIO.- ¿Os vais convenciendo de que en esto de la crápula sois un verdadero aprendiz?

Gritad conmigo: ¡Vivan las mujeres!

MARQUES.- ¡Cuidado! Que somos dos personas distinguidas y van a confundirnos con dos cualesquiera.

SIMPLICIO.- ¡Ah! ¿Y erais vos el que presumía de hombre corrido?

MARQUES.- Es que vos os alababais de hombre formal y me estais resultando un taravilla.

SIMPLICIO.- ¡Como que no me conozco yo mismo!

MARQUES.- Cuando os digo que habeis abusado del vino...

SIMPLICIO.- Pero si no he bebido más que agua. ¡Un vasito!

MARQUES.- ¿Y un vasito de agua os pone en ese estado de exaltación? ¡A otro perro con ese hueso!

SIMPLICIO.-

(Tirándose a fondo a la barriga del Marqués)

!Guau, guau!

MARQUES.- !Caracoles, que viene gente!

SIMPLICIO.- ?Cómo gente?

(Mirando hacia la primera calle de la derecha.)

?A esta pareja de preciosidades la llamais gente? !Gracias a Dios que se me presenta ocasión de probar quién soy yo para las mujeres...

(Entran en escena MIGNON y JANINE.)

!Viva la alegría! !Viva el amor! Viva...

(Aparte)

!Santa Eduvigis de Macedonia la Mayor! !Yo conozco a estas dos chicas!

MIGNON.- ?Pero, es el señor Simplicio el que tenemos el gusto de saludar?

SIMPLICIO.-

(Al Marqués)

?Lo veis? !Popular!

JANINE.- !El mismo!

MIGNON.- Y parece que se ha espabilado.

MARQUES.- ¿No los lo digo?

SIMPLICIO.- Porque yo tengo dos naturalezas: la del hombre casero, hosco, antipático, detestable; en una palabra: ¡casero! Y la del ser nacido para la aventura y la diversión, alegre, obsequioso, enamorado, galante...

MARQUES.- ¿Y ya no os asustan las mujeres?

SIMPLICIO.- ¿A mí? ¡Vamos! La mujer es el cuerpo, y yo soy la sombra; la mujer es la pared, y yo soy el cuadro; la mujer es la leña, y yo soy el hacha.

MARQUES.- ¡Bueno! ¡Bueno! Vamos a concretar. Yo voy en cosas de amor a donde vaya el primero.

SIMPLICIO.- Y ¿adonde vamos?

MIGNON.- Al figón del Cuerno de la Abundancia.

(Sale del figón el señor FOIE-GRAS, que es el dueño.)

JANINE.- Oye, Foie-Gras. ¿Nos quieres explicar la lista de la cena?

(Sale de la pastelería el señor BOUDINE.)

BOUDINE.- Señores...pasen, pasen si gustan a mi pastelería.

FOIEGRAS.- Ahora no os llaman a vos.

BOUDINE.- Y a vos, ¿quién os llamaba?

MIGNON.- Explíquense los dos y elegiremos.

(Foiegras y Boudine se amenazan con sus respectivos paños de limpiar las mesas y sobre todo con el gesto terrible, característico de su perpetua rivalidad.)

FOIEGRAS.- Si entraís en la pastelería de ese imbécil, os morireis de hambre.

BOUDINE.- Si os atreveis a penetrar en el figón de ese asno...

SIMPLICIO.- Calma y orden. Vamos, ¿qué teneis vos?

(A Foiegras)

FOIEGRAS.- Tengo manos de cerdo, tengo patas de carnero, tengo cabeza de buey...

SIMPLICIO.- ¡Las cosas que tiene este hombre!

BOUDINE.- ¡Guisotes de posada de arrieros! En cambio yo os doy una liebre con galantina, os doy una torta de higos, os doy un capón trufado.

JANINE.- ¡Voto por el capón!

MIGNON.- ¡Y yo por la torta!

SIMPLICIO.- Pues...!Arreando!

(Se coge del brazo de las dos muchachas y se dirige a la pastelería.)

?Vamos, Marqués?

MARQUES.- Vamos, vamos adentro.

BOUDINE.- (Desafiando a Foiegras con la mirada.)

!Pobre hombre!

(Mutis a la pastelería con el Marqués, Simplicio, Janine y Mignon.)

FOIEGRAS.- Desde mañana cambio de cocinero, y va a haber en mi figón una de capones y una de tortas...

(Mutis al figón, dejando paso a RENE y QUINTIN, que salen de él.)

QUINTIN.- (Saliendo por la primera de la derecha.)

"La mujer es el baul sin fondo del viaje de la vida". ¡Séneca! Y no lo digo por Azucena, esa musa del arroyo que me he buscado; porque esa, más que un baul, es una cómoda. Ni siquiera se ha molestado en acudir a mi cita.

¡Fallarme a mí una cita, que es mi especialidad! "Fíate de las mujeres y verás lo idiota que eres". ¡Epaminondas!

(Dentro del cuartelillo suena una ovación cerrada.)

Gracias...

(Se acerca a mirar por la puerta abierta del cuartelillo.)

¡Hombre! Muy bonito...La señorita Azucena bebiendo vis a vis con seis dragones. Y yo... de plantón. ¡Pues, a mí, no! ¡A mí se me dan explicaciones!

(Asomándose a la pastelería)

Pero, ¿qué ven mis hermosísimos ojos? ¡Ay, Quintín! Tú eres un sonámbulo...? ¿Esto es una visión o es el señor Simplicio Gateau? ¡Eh! ¡Eh!

(Llamando. Aparece en la puerta BOUDINE.)

BOUDINE.- Entrad, entrad sin miedo. ¿Quereis unas yemas de nieve o preferís una batata a la fina crema de Chantilly?

QUINTIN.- No, no, gracias. Decidle a aquel señor...

ese jovencito...que salga.

BOUDINE.- Os advierto que anda la ronda cerca y
una provocación...

QUINTIN.- Vamos.

(Dando un empujón a Boudine
que desaparece.)

"Hazte con el secreto de un hombre y será
tu esclavo". Aristóteles.

(Sale SIMPLICIO)

SIMPLICIO.- ¿Quién es?

QUINTIN.- ¡Chist!...Yo.

SIMPLICIO.- Pasad, hombre, pasad.

QUINTIN.- Imposible. ¿Sabeis quien está en ese
cuartel con seis dragones, que la obsequian,
que la abrazan, que se la comen a besos?
¡Nuestra esposa!

SIMPLICIO.- Bromitas no, ¿eh?

QUINTIN.- Os lo juró por las siete cabezas del
Dragón de Beocia.

SIMPLICIO.- Yo no tengo esposa.

QUINTIN.- ¿Cómo que no? ¿Serías capaz de negarlo y
de comprometer, delante de todo el mundo, a

nuestro protector René de Marigny?

SIMPLICIO.- Eso de la esposa puede pasar en casa de René; pero aquí.

QUINTIN.- Aquí debeis continuar la farsa, porque, si no lo haceis, entraré en la pastelería y se lo contaré todo al Marqués. Os lo juro por los cuarenta naipes de la baraja del diablo.

SIMPLICIO.- Sois un canalla.

QUINTIN.- Acaso.

SIMPLICIO.- Sois un bribón.

QUINTIN.- Quizás.

SIMPLICIO.- Os voy a dar una bofetada que os va a parecer un trueno.

QUINTIN.- ¿De veras?

SIMPLICIO.- Os lo juro por las ochocientas cuarenta pulgas que me han picado en el seminario.

QUINTIN.- Estais desconocido, señor abate.

SIMPLICIO.- Sí, señor.

QUINTIN.- Pues toda esa fiereza que se os ha despertado, empleadla en libertad a Azucena de

brazos que deshonran vuestro vínculo.

SIMPLICIO.- Pero, ¡qué vínculo ni qué narices! Esa mujer es una desconocida para mí:

(Sale el MARQUES)

Esa mujer...

QUINTIN.- Esa mujer es Azucena.

MARQUES.- ¿Dónde está?

SIMPLICIO.- ¡Maldita sea mi suerte!

MARQUES.- ¿Qué pasa?

QUINTIN.- ¡Es un horror! Que su mujer ha sabido su escapada...!y le está cobrando la infidelidad en la misma moneda!

SIMPLICIO.- ¡Traidora!...

(Aparte, y en vista de que lo ha dicho en un tono de naturalidad incompatible con la ofensa.)

No, no.

(Alto y exagerando mucho la voz y la acción.)

¡¡Traidora...!! ¡Mala mujer...!!

(En su indignación se enreda a golpes con Quintín y el Marqués.)

¡¡Fécora!!

QUINTIN.- ¡Eh!

MARQUES.- ¡Por Dios!

(Sale AZUCENA)

QUINTIN.- Aquí está.

AZUCENA.- ¡Hola, esposo!

SIMPLICIO.- ¡Hola,...mujer!

QUINTIN.- (Aparte a Simplicio)

Ese tono no es el de un marido ultrajado.

SIMPLICIO.- Conque, dragoneando, ¿eh?

(Le da un bofetón a Quintín)

AZUCENA.- ¡Simplicio!

QUINTIN.- ¡Cuerno!

SIMPLICIO.- ¿Has visto qué bofetadas atizo? Pues otra vez ¡mucho ojo!

MARQUES.- Tengo el deber de intervenir para la avenencia.

AZUCENA.- Pero no será sin que mi esposo me explique por qué se me ha escapado del propio lecho conyugal.

QUINTIN.- Para irse con dos mujeres.

AZUCENA.- ¿Con dos mujeres...? ¡Ah! ¡Bandolero!

SIMPLICIO.-

(Aparte)

¿A que tengo que pedirle perdón?

AZUCENA.- Yo, que dormía como una santa...que le busco entre sueños con verdadero arrebato...y que, cuando voy a besar su frente, me despierto y estaba besando el colchón...

SIMPLICIO.- ¡Señora...no divagueis...!

AZUCENA.- Y lo más horrible es que recién acostados me juraba que a nadie amaba más que a mí, y me decía: "¡Vida de mi alma!"...Y me abrazaba como un marido ejemplar...y me...

SIMPLICIO.- ¡Basta, señora! que sois capaz de contarles todo lo que sigue y que debe de ser un disparate.

AZUCENA.- Pues júrame que no me has llegado a faltar.

SIMPLICIO.- Lo juro...por las once mil vírgenes...

(Salen JANINE y MIGNON)

MIGNON.- Pero, ¿qué es esto? ¿Nos dejais solas en lo mejor?

JANINE.- ¡Qué par de cochinos!

AZUCENA.- ¿Quiénes son estas mujeres? ¡Dí! ¡Contesta!

MIGNON.- ¿Y vos, quién sois, señora relamida?

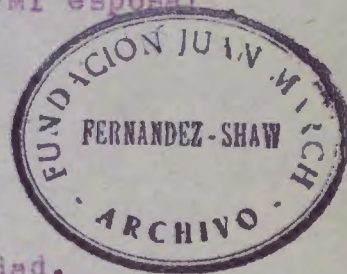
AZUCENA.- Yo soy su legítima esposa.

JANINE.- ¿Su esposa, tú?

(A Mignon)

SIMPLICIO.- Sí, señor, mi esposa. ¡Mi esposa!

MÚSICA



MARQUES.- Tiene mucha razón.

QUINTIN.- Es su esposa de verdad.

MIGNON.- ¡No lo puedo creer!

JANINE.- ¡Cómo le iba a pensar!

AZUCENA.- Y los dos a dormir
nos iremos en paz.

QUINTIN.- ¡Que se marchan, Marqués!

BOUDINE.- (Saliendo de su tienda)

¡Que se van sin pagar!

AZUCENA.- Mi esposo es solamente para mí.

SIMPLICIO.- Para ti.

AZUCENA.- Si a alguna le molesta, ¡qué dolor!

JANINE.- ¡Ay, su amor!

AZUCENA.- Unidas nuestras vidas siempre van.

MARQUES.- ¡Qué truhán!

AZUCENA.- Como una palomita y un pichón.

QUINTIN.- ¡Qué ladrón!

SIMPLICIO.- Mujer,
idolatrada mujer;

tu amor
es mi ventura mayor.

Mujer, mujer hermosa,
no seas desdenosa
conmigo, por favor.

Vivir
para adorarte con fé
será
mi mas constante ilusión.

Mujer, mujer hermosa,
deshoja la rosa
de mi corazón.

QUINTIN.- No te marches, Janine.

MARQUES.- No me dejes, Mignón.

(Se unen por parejas)

JANINE.- Yo contigo me iré.

MIGNON.- Yo con este me voy.

AZUCENA.- Cada cual a dormir
con su cara mitad.

BOUDINE.- Pero, ¿cual de los seis
el capón pagará?

SIMPLICIO.- Feliz me hace el amor de mi mujer.

QUINTIN.- ¡Hay que ver!

SIMPLICIO.- Me besa con sus labios de coral.

MIGNON.- ¡No está mal!

SIMPLICIO.- La quiero solamente para mí.

MARQUES.- ¡Y yo a ti!

SIMPLICIO.- Si alguno se molesta, me es igual.

QUINTIN.- ¡Animal!

LOS TRES.- Mujer,
idolatrada mujer,
tu amor
es mi ventura mayor.
Mujer, mujer hermosa,
no seas desdeñosa
conmigo, por favor.

LOS SEIS.- Vivir
para adorarte con fé

será

mi más constante ilusión.

ELLOS.-

Mujer, mujer hermosa.

ELLAS.-

Acércate y si quieres...

LOS SEIS.-

Deshoja la rosa
de mi corazón.

(Boudine, silbando la misma frase, se va acercando a cada una de las parejas, alargando la mano para cobrar. Uno se la aparta friamente, otro se la estrecha ceremoniosamente y el tercero - que es el Marqués - le deja el bastón. Cada pareja se va por una calle distinta medio bailando, y Boudine pone el bastón a guisa de escopeta sobre el hombro y entra corriendo en su pastelería.)

H A B L A D O

FOIEGRAS.-

(Asomando la cabeza en la puerta del figón.)

!Qué danzante es este pastelero! Si yo apelara a esas triquiñuelas para atraer al público...Pero yo soy una persona seria.

(Empieza a bailar con los mis-

mos pasos con que se fué Boudine. Aparece la señora RENARD por el fondo izquierda.)

RENARD.- Decidme, jubiloso mancebo.

FOIEGRAS.- (Dejando de bailar)

?Cómo?

RENARD.- ?Habeis visto vagar por esta plazuela a la señorita Blanca de Marigny? Es la prima de mi señor, ?comprendeis? Y nada, que se me ha escapado. ¡Tengo un sofoco! Si vos no lo sabeis, entraré en esta pastelería. Se trata de una señorita muy decente.

FOIEGRAS.- Entonces no preguntéis en la pastelería, porque ahí no entra más que gentuza.

RENARD.- ¡Uh!...

FOIEGRAS.- Entrad en mi figón, que, si no vino aún vuestra señorita, no creo que falte a la fiesta del madrigal.

RENARD.- Gran imprudencia sería, porque si topa mi señor con ella...?Puedo entrar sin peligro en vuestro figón? Aunque ama de llaves, soy doncella.

FOIEGRAS.- Entrareis conmigo.

RENAUD.- Gracias.

(Entrando en el figón)

FOIEGRAS.- Porque estas doncellas, gordas y pudibundas, suelen llevarse las cucharillas.

(Hace mutis tras ella. Suena dentro una bofetada. Por el primer término de la derecha aparece, volando, el sombrero de Quintín. Inmediatamente, el propio QUINTIN, dando traspies. Detrás, Rastignac, persiguiéndole. Y, por último, JANINE.)

RASTIGNAC.- ¡Ya te pesqué, bellaco!

QUINTIN.- ¡Sois un cobarde!

RASTIGNAC.- ¿Cobarde?

(Amenazador)

JANINE.-

(Interponiéndose)

No te pierdas, Raul.

QUINTIN.- ¡Pegar a una mujer indefensa!

(Por Janine)

JANINE.- ¿Cómo a una mujer?

QUINTIN.- ¡Ah! Pero, ¿ha sido a mí?

RASTIGNAC.- Sí. ¿Qué hay?

QUINTIN.-

(A Janine)

Sujétalo, que me lo como.

JANINE.-

(Conteniendo a Rastignac)

!Rastignac!

RASTIGNAC.- Esta mujer, - y digo mujer porque soy muy bien hablado,- es de mi pertenencia exclusiva.

JANINE.- Yo te explicaré.

RASTIGNAC.- No quiero explicaciones. Quiero...!sangre! Pero, veo que no hay enemigo. Vámonos.

QUINTIN.- Adiós.

RASTIGNAC:- Adiós...!gallina!

(Mutis por el fondo derecha con Janine.)

QUINTIN.- ¿Me ha llamado gallina? Pues ha hecho muy bien; porque yo he debido disputarle esa mujer a mordiscos.

(Haciendo escena de actor trágico.)

Llegarme a él con pasos de lobo, con los ojos relampagueantes, temblando la boca, crispadas las manos...!atenazar su cuello con mis garras, triturar sus huesos; y cuando en

el último exterior de la agonía, sus ojos desorbitados me mirasen, golpear su cráneo contra el suelo, gritando: ¡Muere! ¡Muere! ¡muere! ¡Ah!

(Termina arrodillado. Luego se levanta, saca el pañuelo y se seca el sudor.)

¡Con lo fácil que es! Y, por no hacerlo, me he quedado otra vez sin compañera.

"¿Eres de nube o de bruma?

Ligera como una pluma

e ingrátida como un pelo..."

Como encuentre una musa, el premio es mío.

BOUDINE.-

(Saliendo de la pastelería)

Pasad, señor, pasad. ¿Qué haceis tan sólo?

FOIEGRAS.-

(Idem del figón)

¿Ya estaois quitándome un parroquiano que venía derecho a mi figón?

BOUDINE.- Sois vos quien no debe entrometerse ahora.

(A quintín)

¿No estabais pensando en penetrar en mi pastelería?

QUINTIN.- No, la verdad. Esta noche seré contertulio del figón. Antes que nada, soy poeta.

FOIEGRAS.- ¿Lo veis?

BOUDINE.- Perdonad.

(Mutis a su pastelería)

FOIEGRAS.- Está rágioso porque en su casa no entra nadie. Y se pasa la vida, el muy bribón, saliendo a conquistar a mis parroquianos.

QUINTIN.- Eso es natural. Bien dijo un célebre pensador: "Ya que la parroquia no viene a ti, ve tú a la parroquia".

FOIEGRAS.- Y, ¿quién fué el que lo dijo?

QUINTIN.- ¡Hombre! que se vaya a la parroquia lo dice hasta el Catecismo.

RENARD.- (Saliendo del figón)

No doy con ella, amable figonero.

FOIEGRAS.- (Aparte)

Ya está aquí este cachalote.

QUINTIN.- ¡Oh, aparición providencial!

(Foiegras hace mutis por el figón.)

RENARD.- ¡Señor Quintín! ¿Sois vos?

QUINTIN.- Pero, ¿por qué no me dijisteis que ibais a deambular por las calles noctívas?

RENARD.- ¡Oh, qué vergüenza! Podedis creer que, si deambulo, es sin darme cuenta.

QUINTIN.- ¿Y adonde vais, enviada de la fortuna?

RENARD.- Me vuelvo a casa.

QUINTIN.- ¿A casa? Ja, ja.

RENARD.- He salido imprudentemente, por causa de una buena obra. No penseis mal de mí.

QUINTIN.- Un rábano me importa a lo que hayais salido; pero que no volveis a casa hasta el amanecer, es axiomático.

RENARD.- (Ruborosa)

Señor Quintín...

QUINTIN.- Para mí ya no sois la vulgar doméstica de mi amigo René. Sois una de las nueve hijas de Apolo; no importa si Talía o Mepómene, si Urania o Polimnia...

RENARD.- Melania, Melania.

QUINTIN.- (Con una transición)

Melania, sígueme.

RENARD.- ¿Me tuteáis?

QUINTIN.- "El tuteo es acaso el portal de devaneo".

RENARD.- ¡Señor Quintín, por Dios!

QUINTIN.- (Empujándola hacia el primer término de la derecha.)

Eres mi musa....

RENARD.- ¿Yo? ¡Válgame el cielo!

(Mutis)

QUINTIN.- Y lo que es esta, no hay quien me la quite.

(Vase tras ella. Por el fondo izquierda aparecen BLANCA y RENE, todavía con sus antifaces.)

RENE.- Y esta es la plaza de los tilos, llamada así porque nunca ha tenido ninguno. Aquí tenemos el figón del Cuerno de la Abundancia donde, dentro de breves instantes, habrá una fiesta de poetas.

BLANCA.- ¿Y por aquí pasa también el buey gordo?

RENE.- También.

BLANCA.- Pues, vámonos. Ese animal no me inspira ninguna confianza.

RENE.- ¿A vuestra casa?

BLANCA.- Sí. Me dejareis en un sitio desde donde
sepa volver a ella, sin que logreis saber
donde me meto.

RENE.- Hasta ahora no tendreis queja de mi discre-
ción, Ni siquiera he preguntado por vuestro
nombre.

BLANCA.- Tampoco yo os he demostrado ser muy cu-
riosa. Y es...que no me gusta preguntar lo
que sé. ¿Vamos a quitarnos los antifaces?

RENE.- (Quitándoselo)

Lo que tú quieras, prima.

(Blanca se quita también el
suyo.)

Pero, ¿ni siquiera dices: ¡ah!?

BLANCA.- Si tienes ese gusto, ¿por qué no? ¡Ah!

RENE.- Eres encantadora.

BLANCA.- A ti te habrá sorprendido mucho que una
futura novicia, correteee por las calles de
París en una noche de Carnaval...

RENE.- Lo verdaderamente horrendo es que vaya del
brazo de un reverendo abate.

BLANCA.- Pero, si se tiene en cuenta que tu no eres

abate...

RENE.-...Ni tú has pensado nunca en ser novicia...

BLANCA.- ...La cosa no tiene nada de particular.

RENE.- ¡Claro!

BLANCA.- Y es que mi padre ¡es un hombre tan serio!

RENE.- Si yo os he engañado, ha sido por culpa de su seriedad.

BLANCA.- ¿Tanto le temías?

RENE.- No. Pero, como tan seriamente me dijo que tú serías monja, por natural vocación, ¿para qué necesitabas la fortuna de nuestros antepasados? Y entre que la disfrutase tu padre, tan serio, o yo, tan jovial..."La fortuna es hermana de la alegría"...como diría Quintín, colgándole la frase a Pitágoras...

BLANCA.- Pero, ¿cómo iba yo a ser monja, mientras no te oyera predicar?

RENE.- Eres adorable. Pero, ahora que vas a ser millonaria y yo un pobre artista...

BLANCA.- De todo eso, nada hay que decir por ahora.

VOCES.- (Por el fondo izquierda)

¡El buey gordo! ¡El buey gordo!

BLANCA.- ¡Horror! Vámonos...a tu casa.

RENE.- No, quiero que veas el cortejo de las musas.

(Mutis por la primera derecha)

M Ú S I C A

CORO.-

(Dentro, por el fondo derecha)

¡El buey gordo!...!El buey gordo!...

¡El buey gordo ya está aquí!

(Salen grupos agitados de gente del pueblo, que señalan hacia el fondo izquierda, por donde, al fin, se van.)

Cerca está. ¿No lo veis?

¡Avivad!...!Acudid!...

(Mutis. Suenan las campanadas de un reloj, mientras, por el fondo izquierda, se escuchan gritos animados y vítores. Del figón sale un grupo de concurrentes, con FOIEGRAS, y del cuartel, algunos dragones, entre ellos BONFLEUR y LAFEROUSE.)

TODOS.-

Ya las doce campanadas
han sonado en el reloj.

Los postas y sus musas
pronto harán su aparición.

(Y, en efecto, aparece, por el último término de la derecha, la pequeña comitiva de los poetas. Estos son cuatro. Cada uno de ellos lleva a su musa, caprichosamente vestida, en una vistosa carretilla y se hace acompañar por un figurante que lleva, apoyada en una bandolera, una pica, en cuyo remate luce un fantástico farol.)

¡Aquí están!

Ellos son.

(Avanzan las cuatro carretillas colocándose en el centro de la escena. Y los cuatro "faroleros" se colocan detrás, haciendo fondo.)

POETAS
y MUSAS.-

A la fiesta del madrigal
acudimos por tradición.
No tememos al tribunal
y esperamos el galardón.
A la fiesta del madrigal
no se viene sin ilusión.

BLANCA.-

En la noche misteriosa y aromada
con perfumes de magnolias y azahares,
apareces en tu trono como un hada

que convierte los suspiros en cantares

RENE.-

En la noche perfumada y misteriosa,
cuando rueda por los aires un cantar,
¿quien no siente la inquietud maravi-
llosa,

deliciosa, de soñar?

POETAS
y MUSAS.-

Noche estrellada y bella:

suave rumor de besos,

claro de luz de estrella,

juegos de sombra y luz...

Ecos de lejanía,

éxtasis de añoranza,

sueños de profecía...

¡Cantos de juventud!

BLANCA.- Cuando juntos se pasean dos amantes

por las sendas de los parques soleados,

van dos sombras indecisas y ondulantes

como escolta de los dos enamorados.

RENE.-

Y en la noche misteriosa y aromada,

persiguiendo a los amantes va detrás,

temerosa de que vuelvan la mirada

una sombra nada más.

MUSAS
y POETAS.-

Noche estrellada y bella:
suave rumor de besos,
claro de luz de estrella,
juegos de sombra y luz...
Ecos de lejanía,
éxtasis de añoranza,
sueños de profecía...
¡Cantos de juventud!

(Hacen mutis los poetas y las
musas por el figón.)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

VOCES.-

(Interiores, por el fondo iz-
quierda.)

¡Al buey gordo! ¡Al buey gordo!

LAPEROUSE.- ¡Ahora sí que va de veras!

TODOS LOS
DE LA ESCENA.-

(Replegándose en el centro de
la escena y dando la cara al
fondo, por donde se supone que
va a pasar la mascarada.)

¡Al buey gordo! ¡Al buey gordo! ¡Viva!

(Por el primer término de la
derecha aparece QUINTIN, tiran-
do trabajosamente de una ca-
rretilla, ordinaria, sobre la
que transporta, tumbada boca

arriba, a la señora RENARD)

QUINTIN.-

?Eres de nube o de bruma?

Ligera como una pluma

e ingrávida como...

(Se detiene para tomar aliento)

RENARD.-

?Cómo?

QUINTIN.-

(Reanudando su marcha)

?Eres de barro....o de plomo?

Perdí tu amor, vizcondesa.

(Después de dar un resoplido)

!Si vieres lo que me pasa!

(Y mientras que Quintín logra entrar en el figón, por detrás del grupo del fondo se ve pasar otro grupo con faroles y bengalas.)

TODOS.- !El buey gordo! !Es buey gordo!

TELÓN RÁPIDO

CUADRO SEGUNDO

En un lugar de bretaña. A la izquierda, en el fondo, el antiguo castillo de Marigny, con un portón practicable. A la derecha, un banco, tronco caído u otro accidente propio para ocultar a una persona tumbada en el suelo. (Está acabando de amanecer.)

H M B B A D O

QUINTIN.--

(Que sale del castillo)

¡Tres días en Bretaña! El Marqués estará arruinado; pero se engulle aquí cada manjar que es, como para no moverse del castillo. Y me parece que tenemos para rato, porque al Marqués le gusta Azucena...más que a mí...y a Azucena le ha dado por guardarle a Simplicio una fidelidad idiota. "Una mujer fácil, cuando se las da de formal, es una casta Susana". Platón. El pobre Marqués se pasa las horas muertas maullando en la puerta de su habitación y no ha conseguido de sus labios

más que una frase un tanto despectiva: "¡Ape, minino!" Y eso que duerme sola, porque "su esposo"...! Ese sí que es un casto susano! Ha convencido al Marqués de que no siente la inspiración pictórica más que a la luz de la luna y se pasa las horas por ahí; pero en la alcoba conyugal no entra ni con martillo. Así está el pobre, que en cuanto se sienta a comer se duerme a chorros. ¡Y cómo ronca!

(Se oye un ronquido a la derecha.)

Juraría que...

(Otro ronquido. Quintín se acerca al sitio donde Simplicio duerme, oculto.)

¡Canastos! ¡Si está dormido como un cesto!

(Zarandea a Simplicio)

SIMPLICIO.- ¡Eh! ¡Quién va...!

QUINTÍN.- Arriba, hombre, que se rompe el catre.

SIMPLICIO.- ¡Ah!...

(Desperezándose)

Me habeis cortado un sueño delicioso.

QUINTIN.- Sí, ¿eh?

SIMPLICIO.- ¡Que os estaban ahorcando!

QUINTIN.- Muchas gracias.

SIMPLICIO.- Pero, ¿a quién le debo yo el dormir al sereno todas las noches? ¿Por quién sino por vos estoy hace una semana haciendo una farsa ridícula?

QUINTIN.- A la farsa os obliga la amistad de René. Y en cuanto a lo de dormir al raso...lo haceis porque quereis.

SIMPLICIO.- ¡Ah! ¿Creeis que un hombre decente como yo...?

QUINTIN.- Yo, en vuestro caso...

SIMPLICIO.- ¡Claro! Y yo, en el vuestro. Pero es que yo, cuando me "casasteis" de aquella manera inicua, era un querubín. Y vos me quereis hacer un sinvergüenza.

QUINTIN.- ¿Y por qué no me mandais a París con Azucena, ya que no os podeis mover de aquí hasta que termineis el retrato?

SIMPLICIO.- ¡Esa es otra! El retratito. Si me quedo en Bretaña hasta que lo termine, ¡ya tienen

huésped para rato! Bueno...y el Marqués decidido a ver cómo va el cuadro. ¡Y paso unas fatigas para que no lo vea!

QUINTIN.- Sois un ingenuo. No se os ocurre nada.

SIMPLICIO.- Pues, ¡a ver cómo salgo de este apuro!

QUINTIN.- ¿Veis quien se acerca por allá?

SIMPLICIO.- El abate Morán.

QUINTIN.- El abate Morán tiene en su casa un cuadro que es el vivo retrato del Marqués con armadura y casco.

SIMPLICIO.- ¿Dónde está ese monumento?

QUINTIN.- Lo tiene encima del sofá. Lo he visto yo.

SIMPLICIO.- ¿Y decís que se le parece?

QUINTIN.- Muchísimo; la armadura es idéntica; el yelmo, igual; la cimera, lo mismo.

SIMPLICIO.- ¿Y la cara?

QUINTIN.- La cara no se le ve.

SIMPLICIO.- (Abrazándole)

¡Qué sinvergonzón más simpático!

QUINTIN.- ¡Cuidado! El abate. Andad con él.

(Sale el abate MORAN por la derecha.)

ABATE.- Buenos días, hijitos. ¡Ah! El artista sin par. ¡Cuánto lo celebro!

SIMPLICIO.- Padre, buenos días.

ABATE.- Os tengo que pedir un favor.

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡Otro retratito!

ABATE.- Un favor muy grande.

SIMPLICIO.- ¿Muy grande? Pues...concedido!

ABATE.- Se trata...

SIMPLICIO.- No lo quiero ni saber. ¡Concedido!

Yo tengo que pedirlos otro.

ABATE.- ¿Grande también?

SIMPLICIO.- Una cosa así.

(Haciendo con las manos el contorno de un cuadro.)

ABATE.- No hablemos más. Concedido.

SIMPLICIO.- ¿Por cuánto me vendeis ese cuadro admirable que adorna vuestra...vuestra...?

(Aparte a Quintín)

¿En qué habitación está?

QUINTÍN.- (Aparte también)

En la sala.

SIMPLICIO.- Vuestra sala.

ABATE.- ¡Ah! Es una verdadera joya clásica.

QUINTIN.- (Aparte, separándose)

Le va a pedir un millón.

ABATE.- Vos os referís al que está enfrente de la puerta.

SIMPLICIO.- ¡No puede ser otro!

ABATE.- Pues...!os lo regalo!

SIMPLICIO.- Padre...?es posible?

ABATE.- Justamente el señor obispo, en su última visita, le puso mala cara. Desea que en mis habitaciones no haya más que asuntos sacros. Y ese cuadrito parece representar una figura de la edad de hierro.

SIMPLICIO.- Precisamente, eso del hierro es lo que a mí me entusiasma.

QUINTIN.- Sois un hombre de suerte.

ABATE.- Pues ahora mismo os lo enviaré.

SIMPLICIO.- Gracias, padre. Mil gracias.

ABATE.- Y con ello me quito un gran peso de encima

SIMPLICIO.- ¡Y yo me quito una montaña!

ABATE.- Hasta ahora, pues. Y hablaremos de lo de mi

retrato.

SIMPLICIO.- (Aparte)

?No lo dije?

(Al abate)

Contad con él. Mañana mismo os lo hago.

ABATE.- ¡Cuánta bondad!

(Mutis por la derecha)

QUINTIN.- Pero, ¿cómo vais a salir de este nuevo
compromiso?

SIMPLICIO.- ¡Compromisos a mí. Tiene el Marqués
un San Benito que es el abate clavado.

AZUCENA.- (Saliendo del castillo)

Aquí está el hombre...

(Hablando al interior)

Ricardo, venga acá.

(A Simplicio)

Buenos días, maridín.

SIMPLICIO.- ?Maridín?

AZUCENA.- Sí. Maridín.

SIMPLICIO.- Señora, señora...!por Dios!

QUINTIN.- !Por todos los santos!

AZUCENA.- ?Has dormido bien, nene?

SIMPLICIO.- ¡Nene!

(Aparte)

¡Ay, qué hociquito pone!

AZUCENA.- ¿Te han servido el desayuno?

SIMPLICIO.- No; pero ahora mismo lo pido.

AZUCENA.- ¡Calla, que te van a sacar los colores!

SIMPLICIO.- ¿Por eso?

(Al ver al criado que sale del castillo con un caballete, un cuadro cubierto con un paño, paletas, pinceles, etc.)

Lo que me van a sacar aquí es la partida de defunción.

AZUCENA.- Póngalo ahí, Ricardo.

(El criado descarga todo el lado derecho.)

El Marqués baja en seguida. ¡Ah...! Tengo que decirte una cosa...! ¡Váyase, Ricardo!

(Mutis del criado)

El Marqués es un libidinoso.

QUINTIN.- ¿Cómo?

AZUCENA.- Me ha propuesto que te enviemos a París.

Como tú no hablas más que de marcharte...

SIMPLICIO.- Pero ahora no me voy hasta que le en-

tregue el cuadro.

AZUCENA.- ¡Simplicio! que mi mamá estará la pobre
desesperada.

SIMPLICIO.- ¿Tu mamá? No me privo de nada. Hasta
suegra tengo.

AZUCENA.- Ya lo creo.

QUINTIN.- De modo que el Marqués.

AZUCENA.- Me está acorralando.

(Dispone el cuadro en el caballete.)

QUINTIN.- ¡Ah! Pues eso no puede ser.

(A Simplicio)

Vos debeis...

SIMPLICIO.- ¡Yo no debo nada!

AZUCENA.- ¡A callar! El Marqués sale.

SIMPLICIO.- ¡Pasa, Gerineldo!

(Aparece el MARQUES con armadura, casco y lanzón.)

MARQUES.- Buenos días.

QUINTIN.- Felices.

MARQUES.- ¿Eh? ¡Qué tal! Hoy me he armado en un
periquete.

AZUCENA.- Y estais...magnífico.

MARQUES.- Esta armadura perteneció a mi quinto abuelo; uno de los doce pares de Francia.

?Verdad que parezco un par?

SIMPLICIO.- Pareceis lo menos media docena.

MARQUES.- Pues...¡manos a la obra!

QUINTIN.- Veamos cómo va eso.

MARQUES.- No me lo deja ver este gran tirano.

(Simplicio levanta el paño, dando el cuadro frente al público, y en él no se ven más que unos cuantos manchones de pintura.)

QUINTIN.- ¡Oh! ¡Qué portentoso!

AZUCENA.- Esposo, eres un "Peruchino".

SIMPLICIO.- Y encima me insulta.

(Cogiendo la paleta y el pincel.)

MARQUES.- Estoy rabiendo por verlo.

QUINTIN.- ¡Ah!...

AZUCENA.- Estáis hablando.

SIMPLICIO.- Bueno, Marqués. Hacedme el favor de bajar esa celada.

MARQUES.- Pero no se me verá el rostro.

(Se baja la celada)

SIMPLICIO.- ¡Claro! Pero, ¿es que tiene eso importancia? Si para conoceros en mi cuadro os tuvieran que ver la cara, yo sería un pintor vulgar. Yo no pinto caras, sino espíritus.

(Haciendo chafarrinones a cada frase.)

Pincelada que doy, idea que interpreto.

QUINTIN.- Y estas son unas ideas...

SIMPLICIO.- ¡Estas son unas narices!

QUINTIN.- Bien, gran artista. René ha de llegar de un momento a otro y debo salir a recibirle.

MARQUES.- Sí, sí...Hacedlo. Y disculpadme con mi virtuoso sobrino.

QUINTIN.- Yo os dejaré en el lugar que os corresponde.

(Mutis por la derecha)

SIMPLICIO.- ¡A ver, Marqués...! Volved un poco la cabeza.

MARQUES.- ¿Así?

SIMPLICIO.- Otro poco.

MARQUES.- ¿Así?

SIMPLICIO.- Eso es. Muy bien.

AZUCENA.- (Se acerca a Simplicio y le presenta la mejilla.)

Besa, miedoso.

SIMPLICIO.- ¿Qué?

AZUCENA.- (En voz baja)

¿No le has hecho volver la cabeza para darme un beso?

SIMPLICIO.- Vamos, ¡anda!

(Le da una pincelada en la cara.)

AZUCENA.- ¡Cochino!

MARQUES.- ¿Qué es eso?

AZUCENA.- Mirad... Que se le ha ido el pincel.

SIMPLICIO.- Es que un color se me va y otro se me viene.

AZUCENA.- ¡Cómo me ha puesto! Voy a lavarme un poco

SIMPLICIO.- Y no vuelvas.

AZUCENA.- Eres un cardo borriquero.

SIMPLICIO.- Tú sí que eres una cebolleta.

AZUCENA.- Y tú un calabacín.

SIMPLICIO.- ¡Lechuga!

AZUCENA.- ¡Melón!

SIMPLICIO.- ¡Remolacha!

(Sale detrás de ella pincel en mano, amenazador, y Azucena entra en el castillo.)

¡Esto se ha acabado!

MARQUES.- Dejádmelo ver.

(Deja la lanza apoyada en el muro e intenta acercarse a ver el cuadro, deteniéndole Simplicio.)

SIMPLICIO.- Dentro de unos instantes.

MARQUES.- Pues, ¿qué le falta aún?

SIMPLICIO.- El cambiazo.

MARQUES.- ¿El cambiazo?

SIMPLICIO.- (Aparte)

¡Caracoles!

(Al Marqués)

No sabeis una palabra de pintura.

MARQUES.- Perdonad si he sido indiscreto. Voy a que me desarmen.

SIMPLICIO.- ¡Eh!

(Dándole la lanza)

¡Que os dejais el destornillador!

(Mutis del Marqués)

Y ahora...voy a tirar al río este mamarracho.

(Mutis por la izquierda, llevándose el cuadro.)

MÚSICA

(Por el fondo derecha salen BLANCA y OCHO ALDEANAS bretonas. Todas traen al brazo una cestita cubierta con un paño blanco, y en la otra mano, cañas de pescar.)

TODAS.- Las mozuelas en Bretaña,
cuando empieza a alborear,
con su cesto y con su caña
van al borde de la mar.
En las peñas sentaditas
no se cansan de esperar.
Son las mozas tan bonitas
que algo tienen que pescar.

BLANCA.- ¡A pescar!

ALDEANAS.- ¡A pescar!

BLANCA.- Y a pensar en sus cositas
a la orilla de la mar.

Los hombres que blasonan de experiencia
se afanan en la pesca todo el día,

y armados de aparejo y de paciencia...
se vuelven con la jábega vacía.

En cambio las mujeres, más sutiles,
sin red y sin anzuelo y sin garlito,
apelan a sus artes femeniles
y, a veces, hasta pescan un bonito.

Pescadora, pescadora quiero ser;
pescadora, pescadora de afición,
porque el arte de pescar
es oficio de mujer...

sobre todo cuando pesca un corazón.

ALDEANAS.- Pescadora, pescadora quiero ser,
pescadora de la tierra y de la mar.

BLANCA.- Pescadora de afición
que en su cesto ve caer
el sujeto más difícil de pescar.

Hay hombres que presumen de valientes
y pican el anzuelo convencidos,
y hay otros que, con cara de inocentes,
no hay medo de pescarlos...ni dormidos.
También hay quien se finge enamorado

y solamente va por el mendrugo;
y nunca falta un joven que, enfatuado,
se cree que es un delfín y es un besugo.

Pescadora, pescadora quiero ser
pescadora, pescadora de afición,
porque el arte de pescar
es oficio de mujer...

sobre todo cuando pesca un corazón.

ALDEANAS.- Pescadora, pescadora quiero ser,
pescadora de la tierra y de la mar.

BLANCA.- Pescadora de afición
que en su cesto ve caer...

TODAS.- ...Al sujeto más difícil de pescar.

H A B L A D O

BLANCA.- Me habeis proporcionado una mañana deliciosa. Y para corresponder a vuestra gentileza, os convido a desayunar a vosotras y a vuestros novios. Vendrán músicos, que ya están avisados, y tendremos un poco de fiesta.

(Salen por la derecha QUINTIN

y RENE, vestido este de caballero.)

!René! ¿Cuándo viniste?

RENE.- Acabo de dejar la posta.

QUINTIN.- (A las chicas)

!No! No mireis, con ojos insinuantes, a este apuesto galán, porque debajo de ese elegante continente se esconden la castidad, la leología, y el Derecho Canónico. Os presento al Abate de Marigny.

RENE.- Está bien; pero que sepa yo a quién me presentas.

QUINTIN.- Las muchachas más adineradas de la localidad.

BLANCA.- ¡Por Dios! Si son hijas de humildes pescadores.

QUINTIN.- Pues a mí me habían parecido bastante ricas.

BLANCA.- (A Quintín)

¿Por qué no las acompañais a sus respectivas casas y os convencereis de lo que os digo?

QUINTIN.- Comprendo que se me echa; pero, cuando a

uno se le echa en un montón de flores, ¿qué
va a hacer uno?

BLANCA.- (Entregando a Quintín la cesta
y la caña.)

Tomad.

QUINTIN.- Agradecidísimo. ¿Vamos, preciosas?

BLANCA.- No tardeis.

(Con un bis de orquesta hacen
mutis las chicas por el primer
término de la izquierda con
movimientos graciosos, que
Quintín copia, yendo el último)

RENE.- Ya estamos solos.

BLANCA.- Estoy asustadísima.

RENE.- ¿No le has dicho a tu padre que renuncias a
la vida contemplativa?

BLANCA.- No. Pero se lo he dicho al cura párroco.

RENE.- ¿Y qué?

BLANCA.- Que tampoco se atreve. Tú ya conoces a mi
padre...

RENE.- Pues...yo se lo diré.

BLANCA.- ¡Cuidado! ¿Quieres que se lo consultemos
al Abate Morán? A estas horas estará en su
casa.

RENE.- Pues vamos donde quieras, pero a escape.

¡Estoy rabiando por reventar!

BLANCA.- ¡Uy, cómo vienes! ¿Reventar?

RENE.- Es...casarme contigo.

BLANCA.- Muchas gracias, primo.

(Mutis de los dos por primer término de la derecha. Del castillo salen AZUCENA y el MARQUES, ya sin armadura.)

AZUCENA.- ¡Marqués, Marqués, por Dios!

MARQUES.- No quito ni una tilde. Si, como sospecho, vuestro matrimonio es un...eufemismo, en cuanto mi hija haga sus votos y tome su velo de monjita, me caso con vos.

AZUCENA.- ¿Seriais capaz?

MARQUES.- Ahora mismo os voy a dar una prueba de amor.

AZUCENA.- ¡Por Dios, sortijas no! Prefiero un collar.

MARQUES.- ¡Qué sortijas ni qué collares! La mejor prueba que puedo daros, es confiaros un precioso secreto.

AZUCENA.- A ver, desembuchad.

MARQUES.- Mi sobrino René no ha cantado misa; su fortuna cuantiosa pasará a mis manos en cuanto logre desenmascararle. ¡Son cuatro millones de francos los que pongo a vuestros pies!

(Se arrodilla a los pies de Azucena.)

AZUCENA.- Pero, ¿y mi esposo, Marqués?

QUINTIN.- (Que ha aparecido momentos antes por la primera de la izquierda.)

Señora: fuera caretas. De sobra sabéis que vuestro esposo, llamémosle así, no dirá ni pio.

MARQUES.- (Levantándose)

¿Así lo creéis?

QUINTIN.- Agregad mil luises a los dos mil que me habeis prometido...

AZUCENA.- ¡Ah, infame! Tú eres el delator de René.

QUINTIN.- ...Agregad mil luises y lo demás corre de mi cuenta.

MARQUES.- Hecho. ¿Qué consejo me dais?

QUINTIN.- Por mil luises, el consejo supremo: que vos mismo se la pidais a Simplicio.

AZUCENA.- ¡Qué equivocado estás!

MARQUES.- A mí también me parece muy fuerte la cosa

QUINTIN.- Agregad dos cincuenta y delante de vos
le diré a ese idiota que estoy enamorado de
Azucena y que me la llevo. Y luego, os la
traspaso.

AZUCENA.- Quintín, por Dios.

QUINTIN.- ¡Que venga ese idiota!

(Haciendo un desplante hacia
la derecha, mientras por la
izquierda sale SIMPLICIO.)

SIMPLICIO.- ¿Ese idiota soy yo?

AZUCENA.- Sí, tú.

(Corriendo a su lado)

SIMPLICIO.- Gracias, mujer.

QUINTIN.- Tengo el honor de comunicaros que Azuce-
na y yo nos amamos.

MARQUES.- ¡Cuidado!

AZUCENA.- ¡No es verdad!

QUINTIN.- ¿Qué teneis que decir?

SIMPLICIO.- ¡Nada!

QUINTIN.- (Al Marqués)

¿Lo veis?

SIMPLICIO.- (Avanzando hacia Quintín)

En casos así no se dice una palabra. ¿Os acordais de lo que hice en París en una situación análoga?

QUINTIN.- Pero, ¿os habeis visto alguna vez en esta situación?

SIMPLICIO.- ¿Y vos en esta?

(Le da una bofetada)

AZUCENA.- ¡Simplicio!

MARQUES.- ¡Señor Gateau!

QUINTIN.- Marqués, este hombre es un farsante.

SIMPLICIO.- (Dándole un puntapié)

¡Toma!

QUINTIN.- Todo esto es mentira.

SIMPLICIO.- ¡Pues no sé cómo habrá que pegar!

(Sale por la derecha un HOMBRE con un cuadro cubierto con un paño.)

¡El retrato!

ALDEANO.- De parte del señor abate...

SIMPLICIO.- Comprendido.

ALDEANO.- Pero, ¿sois vos el pintor...?

(Simplicio coge el cuadro)

SIMPLICIO.- El mismo...

ALDEANO.- Es que el señor abate.

SIMPLICIO.- Sí, hombre, sí...De acuerdo...

(Cogiéndole y empujándole)

Dile que luego iré por allá.

ALDEANO.- Bueno, bueno, pero...

SIMPLICIO.- Anda, hombre, anda...

(Le da un empujón definitivo y
el hombre se va.)

MARQUES.- ¿Ha dicho "el señor abate"...?

QUINTIN.- ¡Tres veces!

SIMPLICIO.- Sí, no os extrañe. Es que así que terminé el retrato se lo llevé al abate...!para que lo bautizara! Ahora vereis...

QUINTIN.- Señor Marqués...

MARQUES.- Callaos...

(Simplicio coloca el cuadro sobre el caballete.)

AZUCENA.- ¡Estoy asustada!

SIMPLICIO.- Ponéos ahí enfrente!

(Coloca el caballete frente al público. El Marqués, Azucena y

Quintín se van al primer término de la izquierda.)

A ver si hay aquí dibujo y colorido.

(Puesto detrás del caballete levanta el paño, diciendo.)

¡Retrato del Marqués de Marigny con el traje de par!

(Al subir el paño aparece una mujer desnuda, ligeramente velada como es costumbre. El Marqués, asombrado, se queda mudo; pero parece que le va a dar una apoplejía. Azucena, aterrada, le contiene, Quintín se ríe como un loco. Simplicio, olímpicamente, se pavonea de su esperado triunfo. Al fin el Marqués avanza hacia el cuadro y dice.)

MARQUES.- ¡Pero, si lo que hay aquí es una bacante!

SIMPLICIO.-

(Alarga la cabeza delante del cuadro, lo ve y huye hacia el fondo.)

¡La mía!

AZUCENA.- ¡Ay, Dios mío!

MARQUES.- ¡Esta es una burla intolerable!

SIMPLICIO.- ¡Matadme si quereis!

(Se arrodilla)

AZUCENA.- No, no...! Por favor!

MARQUES.- ¡Mis armas! ¡Mis criados!

(Como un energúmeno entra corriendo en el castillo. Quintín le sigue.)

AZUCENA.- (Mirando al cuadro)

¡Con el traje de par!

SIMPLICIO.- ¡De par en par!

(Muy compungido)

AZUCENA.- ¿Qué has hecho, maridito de mi alma?

SIMPLICIO.- Perderme... Rezad conmigo el credo, señora.

AZUCENA.- No temas, Simplicín.

(Simplicio la mira arrobado)

SIMPLICIO.- ¿Cómo que no tema? Si ese hombre me va a pasear por todo el pueblo ensartado como una perdiz.

(Se levanta)

AZUCENA.- ¡Que no temas!

SIMPLICIO.- Bueno, pues por si acaso, ahora mismo tomo el camino de París... porque el de Orleans ya no sé por donde cae.

AZUCENA.- ¿Y para eso me has traído a Bretaña?
¿Para quedarte viudo?

SIMPLICIO.- Señora...Azucena....!Azucenita! ¡Es que tengo un miedo...!

AZUCENA.- ¡Que tú te me ibas a escapar! ¡Si era lo que faltaba en mi historia! ¡Un seminarista!

MÚSICA

SIMPLICIO.- Si yo te faltaba
mi amor te prometo;
ya puedes, hermosa,
poner el completo.

AZUCENA.- Lo pongo si quieres
en cuanto que el cura
me case en su iglesia
pequeña y oscura.

Acaso lo encontremos por allí;
vayamos y acabemos de una vez.

SIMPLICIO.- El trance es muy amargo para mí;
yo no me caso aquí...!me caso en
diez!

LOS DOS:- ¡En París!

AZUCENA.- En París la vida es bella
y el ambiente es perfumado.

por la esencia del pecado.

SIMPLICIO.-

!No empeores mi querella,
por Jesús Crucificado!

AZUCENA.-

En París las ilusiones
son hermosa realidad
y se quiere de verdad.

SIMPLICIO.-

!Ay, no sigas, porque pones
sitio y cerco a mi bondad!

AZUCENA.-

La mitad te dije;
déjame seguir,
que te vas a divertir.

SIMPLICIO.-

Cállate, Azucena,
calla, por piedad,
!que me basta la mitad!
!Yo que iba para abad...!
!Esto es una atrocidad!

AZUCENA.-

Vámonos
en diligencia, mi bien;
que a los dos
ya nos espera un edén;
sígueme,

que yo te voy a llevar
al rinconcito
donde haremos
nuestro hogar.

SIMPLICIO.- En París aquella noche
me cogiste por tu cuenta,
y de allí data mi afrenta.

AZUCENA.- ¡Y que encima me reproche...!
¡Pues cualquiera lo contenta!

SIMPLICIO.- Hasta aquel fatal momento
yo era un pomo de virtud,
y ahora siento la inquietud...

AZUCENA.- ¡Ay, no sigas el lamento,
porque es una ingratitud!

SIMPLICIO.- Pero, ¿no te acuerdas
de cómo era yo?
¡Me parece a mí que no!

AZUCENA.- Yo sólo recuerdo
tu decrepitud
¡con bastante exactitud!
¡Yo te di nueva salud
y alegría y juventud!

(Pequeña pausa, y avanza él muy decidido.)

SIMPLICIO.-

Vámonos
en diligencia, mi bien;
que a los dos
ya nos espera un edén...

LOS DOS.-

Sígueme,
que yo te voy a llevar
al rinconcito
donde haremos
nuestro hogar.

(Mutis por la izquierda)

H A B L A D O

(Salen por primer término de
la derecha, BLANCA, RENE y el
ABATE MORAN.)

ABATE.- ¡Qué disgusto vamos a darle al señor Mar-
qués!

RENE.- Pero comprendereis que, sin vocación...

ABATE.- Indudable.

BLANCA.- Aquí sale papá.

(En efecto, salen del castillo
el MARQUES y QUINTIN.)

MARQUES.- queridísimo abate...!Sobrino de mi alma!
Pero, ¿cómo? ¿Ese traje?

RENE.- No os extrañéis. Yo no puedo engañaros. Me
ha faltado vocación para el sacerdocio y, desde
este momento la fortuna del cardenal de Ma-
rigny es de mi prima Blanca.

MARQUES.- (Fingiéndose exageradamente
asombrado.)

!Sobrino!...!Qué disgusto me das!

QUINTIN.- No os aflijais, Marqués.

MARQUES.- ¡Qué complicación.

(Blanca no cesa de dar en el
codo al abate, para que inter-
venga.)

ABATE.- Tranquilizaos. "El Bien es mal y el mal
es bien".

QUINTIN.- (Aparte)

"!San Isidoro!"

ABATE.- Blanquita no profesará.

MARQUES.- (Irritadísimo)

¿Cómo?

ABATE.- No es un capricho, no, señor Marqués. Es
un caso grave de conciencia.

RENE.- ¡Horrible, tío, horrible!

MARQUES.- (A Blanca)

Explicate.

BLANCA.- Perdón...

ABATE.- (Al Marqués)

Bien mirado, teneis algo de culpa por haberos detenido en París...

MARQUES.- Pero, ¿qué ha pasado en París?

RENE.- Figúraos que Blanca anduvo toda la noche por las calles con un hombre desconocido.

MARQUES.- Pero, ¿es verdad?

ABATE.- Sí.

MARQUES.- ¿Dónde está ese hombre?

QUINTIN.- ¡Marqués, no os perdais!

MARQUES.- Mi honor está manchado!

ABATE.- Tanto como manchado...

QUINTIN.- Ligeramente turbio.

MARQUES.- (A Blanca)

Hay que buscar a ese hombre, y si se negara a casarse contigo...!! Oh!!

ABATE.- Pero, ¿no oís que es un desconocido?

RENE.- Solo sabemos de él que, en mi propia casa, lo encontró mi prima, enmascarado. Y Blanca no tuvo inconveniente en aceptar su compañía.

MARQUES.- (A Blanca)

Pues sabes, niña, que también tú...

BLANCA.- Perdón.

ABATE.- ¡La falta de experiencia!

MARQUES.- ¿Y a ti no te dan escalofríos de pensar que hay un hombre que pueda alabarse de haberse exhibido, en una noche de bacanal, con la hija del marqués de Marigny? ¿Donde está ese hombre?

RENE.- ¿Prometeis que vuestra única represalia es obligarle al matrimonio?

MARQUES.- ¡Sí! Pero, ¿dónde está?

ABATE.- No será difícil hallarle si, por París, se corre la voz de que Blanca es heredera de cuatro millones.

QUINTIN.- (Cayendo súbitamente, de rodillas.)

Marqués, perdonad. ¡Ese hombre soy yo!

BLANCA.- ¿Cómo?

RENE.-

(Aparte al Abate)

¡Qué sinvergüenza!

MARQUES.-

(A Quintín)

¿Ves?

QUINTIN.- 'Sí, ya, Marqués, René, Blanca, padre,
castillo, árbol, nube...

(Todo ello, dirigiéndose a las
distintas personas y cosas que
 nombra.)

Entré enmascarado, la hallé irresoluta, la
dije palabras de amor encendido, le así de
una mano, cogila a la fuerza, mentila, si-
guíome y amela y amome.

(Todo esto con énfasis)

MARQUES.-

(A Blanca)

Pero, ¿tú no le viste la cara?

BLANCA.- Al principio, no.

QUINTIN.- Ni al principio, ni a la postre.

BLANCA.- A la postre, sí. El hombre enmascarado
era René.

QUINTIN.- ¡Erre, í, pe!

(Tal como está arrodillado,
clava la cabeza en el suelo,
junto a sus rodillas.)

MARQUES.-

(A René)

Sobrino, me la has jugado de puños.

ABATE.- ¡Si ya decía yo!...

MARQUES.-

(Por Quintín)

Pero, quitadme de enmedio este erizo.

QUINTIN.-

(Levantándose)

Marqués, yo os explicaré...Parezco un sinvergüenza; pero no soy más que un hambriento.

RENE.- Perdonadle. Es buen amigo mío y desde ahora será mi secretario.

BLANCA.- Aquí llegan mis invitados. Les comunicamos nuestro proyecto de boda y bailarán alegres para festejarnos.

M Ú S I C A

(Por la izquierda aparecen AZUCENA y SIMPLICIO, éste con una maleta en cada mano y con el sombrero de Azucena puesto. Ella va detrás cogiendo las bridas del sombrero, como si ambos jugaran "al caballo y el cochero". Atraviesan la escena por los primeros términos silbando el tema del dueño, y se van por la derecha, siendo despedidos alegremente por todos.)

T E L Ó N

René.-

Amigos, venid;

hermosas, llegad;

bebed y reid;

reid y cantad.

Y brindemos todos

por el Carnaval.

- - -

Coro.-

Carnaval de París rutilante,

borrachera de luz y color,

donde canta la voz del amante

sus mejores estrofas de amor.

Carnaval,-alegría y locura,-

donde todo es mentira y disfraz...

¡Quién le teme a la audaz aventura,

si se cubre con un antifaz!

René.-

¡Carnaval!

¡Carnaval!

-

Juventud ilusiomada,

por la sed de la aventura,

no desdeñes la llamada

del fragante Carnaval.

A la vuelta de una esquina,
ya te aguarda la Locura
y será el hada-madrina
que te acerque a tu Ideal...

Aventuras
misteriosas,
que sugieren
el placer,
ya anunciaron
como rosas
que ya quieren ~~flor~~
florecer,
a la luz reverberante
de unos ojos de mujer.

-
Juventud apasionada,
batallón de voluntarios,
en la guerra declarada
que hace al tedio el buen humor,
volveremos
triunfadores
si sabemos
que, en amor,

el que menos se confía
suele ser el vencedor.

René.- Carnaval de París rutilante,
borrachera de luz y color,
mariposa, que vuela ondulante,
por las calles cuajadas de flor.

Coro.- Carnaval,-alegría y locura,-
donde todo es mentira y disfraz.
¡Quién le teme a la audaz aventura,
si se cubre con un antifaz!

¡Carnaval!

¡Carnaval!

¡Fiesta de amor,
noche triunfal!

= =

René.-

París....
París en Carnaval
es la ciudad pagana,
donde extendió el rosal
de la flaqueza humana
su bálsamo fatal.
París...
despierta las pasiones
de la juventud
y en las calles peligra
vuestra pura virtud.

Blanca.o

El consejo
tan noble que me dais,
sin dudarlo
debiera yo seguir.

René.-

Mis palabras
os vuelven indecisa.
¡Qué deprisa
se asusta de París!

También....
también es la ciudad
floresta milagrosa
propicia para quien
oler quiere la rosa
mírfica del bien.
Si vais
con un leal amigo,
no tengais temor,
que un amigo os protege...
¡y ese amigo soy yo!

RECITADO

• • • • •
• • • • •

Rene':

Oídme, entonces,
aunque no sé
si mis palabras
envenenarán;
porque yo no soy abate...

= MUSICA =

Janine.- ¡Dios os guarde, Monseñor!

Simplicio.- ¡Ayudadme, San Crispín!

(A RENE) ¿Quién es esta señorita?

René.- La señorita Janine.

Simplicio.- ¿Janine?

René.- Janine.

Janine.- (HACIENDOLE UNA GRACIOSA REVERENCIA)

¡Janine!

(SALE MIGNON)

Mignon.- Mis saludos aceptad.

Simplicio.- ¡Protegedme, San Cenón!

(A RENE) ¿Quién ésta mascarita?

René.- Esta se llama Mignon.

Simplicio.- ¿Mignon?

René.- Mignon.

Mignon.- (SALUDANDOLE COMO JANINE).

¡Mignen!

Simplicio.- ¡Esta noche yo me muero
de un ataque al corazón!

= =

~~René.- Ve hebreis vista que tengo buen gusto.~~

~~Almuerzo.~~

~~Contempla este busto.~~

2/

To estó, atordido.
; me ves perdido!

Las dos: Mirar con curiosión
es cosa muy natural.

Simplicio: ; Protéjeme San Pascual
Bailón!

Las dos: Acérquese un rato,
no sea frazguato.

Simplicio: ; Farsis, qué verborruidad!

Rene: ; Munda es la tentación!

Las dos: Y es guapo este santorón

Si me quiere contemplar,
no me mire de reojo;
que se pierden los detalles
y el retrato queda cojo.

Simplicio: ; Ovide me ha metido 70?
; Satanás y Lucifer!

Y es el caso que me gustan
más que el queso de "Gruyère".

3/ Las dos: A solas conmigo
sería mi amigo.

Simplicio: No lo quiero ni pensar!

Rene: ¿Tú a solas, ¿qué vas a ha-
cer?

Simplicio: Te lo puedes figurar...
¡Correr!

Las dos: El ver que es adusto
una causa disgusta.

Simplicio: Pues, ¿cómo debía ser?

Rene: (brogando a las dos muñecas
por la cintura)

¿Tan picaros como yo.

Las dos: (acariciando a Rene)

Dejaré de así querer.

Simplicio: Señoras, por ~~fi~~ ^{fi}edad,

no hagan eso en mi pre-
sencia,

¡porque el hombre más prudente

se le acaba la paciencia!

Las dos: ¿en averemos por ahí?

Simplicio: ¡Que se vayan, por favor!

Rene: Buenas noches, señoras.

Las dos: (A Simplicio)

Buenas noches, teniente.

(Hacen una gran reverencia y
vuelven riendo a carcajadas)

(Segunda letra)

- -

Aldeanas.- A la hora del retorno,
cuando acaban de pescar,
en los prados del contorno
se detienen a jugar.

Van allí las muchachitas,
con romántico fervor,
a coger las margaritas
que predicen el amor.

¡Ay, amor,
ay, amor,
que confía sus secretos
a las hojas de una flor!

- -

Blanca.- ¿Será mi prometido un cualquier cosa?
¿Será por el contrario un hombre rico?
¿Será muy cariñoso con su esposa?
¿Será muy cabezota y muy borrico?
¿Sus modos son vivaces o serenos?
¿Será muy talentudo o muy bolonio?
La cara y la figura es lo de menos,
si viene decidido al matrimonio.

- -

(EVOLUCION)

-

Aldeanas.- Las hermosas margaritas
no nos pueden engañar.
Son las mozas tan bonitas
que algo tienen que pescar.

¡A pescar!

¡A pescar!

¡Y a pensar en sus cositas
a la orilla de la mar!

= = =